

VIDAS INFINITAS

Los protagonistas de estas historias de vida son cinco jóvenes, voces representativas de otras muchas, que con decisión, voluntad y constancia, han conseguido hacer realidad la conquista de su propio futuro



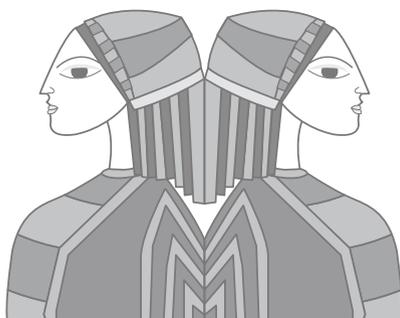
Esta publicación es apoyada por



UNIÓN EUROPEA

Injuve
Instituto Nacional
de la Juventud

JUNCAL BAEZA



VIDAS INFINITAS



Injuve
Instituto Nacional
de la Juventud

VIDAS INFINITAS

Madrid, octubre de 2013



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-
NO Comercial 3.0 Unported

© Juncal Baeza

Se promueve la difusión y reproducción de esta obra, siempre que se cite la fuente.

Para intercambio de ideas, comentarios o sugerencias, contactar vía e-mail: jbaeza@eptisa.com

Edición y diseño: Roberto Juárez Onaindia

Impresión:

La presente publicación ha sido elaborada con la asistencia financiera de la Unión Europea. El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de sus autores y en ningún caso debe considerarse que refleja los puntos de vista de la Unión Europea ni del Gobierno de El Salvador.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a quienes trabajaron para que pudiera acercarme y entrar en el alma de las historias.

Agradezco la valentía de quienes se enfrentaron a sus crudas vivencias.

Agradezco el corazón sincero de quienes evocaron la proximidad de su pasado entre la emoción y la esperanza.

Agradezco el compromiso de quienes desafiaron su doloroso destino, con la certeza de saberse estimulados hacia un futuro en libertad.

Agradezco todo lo vivido.

Agradezco, de todos, su ejemplo.

Y su lección.

Juncal Baeza

INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD (INJUVE)

JUNTA DIRECTIVA

Gregorio E. Zelayandía Cisneros
**Ministro de Gobernación y
Presidente de la Junta Directiva**

Vanda Guiomar Pignato
**Secretaria de Inclusión Social
de la Presidencia**

Franzis Hato Hasbún
Ministro de Educación

Ricardo Perdomo
**Ministro de Justicia y Seguridad
Pública**

Humberto Centeno
**Ministro de Trabajo
y Previsión Social**

María Isabel Rodríguez
Ministra de Salud

Magdalena Granadino
**Secretaría de Cultura de la
Presidencia**

Jaime Rodríguez
**Presidente del Instituto Nacional de
los Deportes de El Salvador**

Tres representantes de las
Organizaciones Juveniles
electos en el Consejo Nacional
de la Persona Joven

DIRECCIÓN GENERAL

Miguel Ángel Pereira
Director General

EQUIPO TÉCNICO PROYECTO PROJOVENES

Marta Alicia de Canales
Administradora

Ismael Ortiz García
Silvia del Carmen Pedraza de Melgar
Especialistas

Javier Cabañero
Asistencia Técnica Internacional

Instituto Nacional de la Juventud
(INJUVE)
Editorial

Juncal Baeza
Consultor

Roberto Juárez
Diagramación

San Salvador, El Salvador,
diciembre 2013
Primera impresión

ÍNDICE

Mensaje de Sr. Embajador de la UE en El Salvador	9
Prefacio	11
Introducción	15
Mi alma combatiente	23
Heber	43
Malena, la chiquita	67
Chef Héctor	89
Veinticuatro balas	107

MENSAJE DEL SR. EMBAJADOR DE LA UNIÓN EUROPEA EN EL SALVADOR

JAUME SEGURA SOCÍAS

Desde 2003, la Unión Europea ha apoyado de manera constante un objetivo primordial en El Salvador: fomentar la prevención social de la violencia para contribuir al desarrollo del país en un ambiente de paz e inclusión.

Para ello, para promover la paz, la democracia y los derechos humanos, la Unión Europea considera fundamental tomar en cuenta a la juventud como sujeto activo al diseñar las políticas públicas. Projóvenes II respondió precisamente a esa concepción del papel que la juventud puede y debe tener en el futuro de su país.

A través del proyecto se ha demostrado que es esencial brindar oportunidades a la juventud salvadoreña y apoyar una mayor integración en sus comunidades para que los y las jóvenes se conviertan en ciudadanos activos y solidarios: agentes de cambio que contribuyan al desarrollo inclusivo y democrático de El Salvador.

Los cinco relatos plasmados en el presente libro son prueba indiscutible de que el futuro es de los jóvenes que con esfuerzo y determinación luchan por superarse y por construir un país mejor.

Jaume Segura Socías
Embajador de la Unión Europea

PREFACIO

Este escrito es el resultado de una actividad singular, una forma distinta de explorar la vertiente más humana y personal del desarrollo de los proyectos. Lo integra un conjunto de relatos que reflejan la experiencia vital de muchachos y muchachas de carne y hueso que habitan hoy en San Salvador. Es un libro que cuenta, en definitiva, historias de vida.

Estas historias se repiten día a día en las comunidades, en las ciudades, en este país y también en otros muchos. Este es el drama que viven hoy Centroamérica y otros países de la región.

En mi opinión, el valor de este libro reside en que, llevados por la gran destreza literaria de la autora, consigue sumergirnos en la realidad que viven muchos jóvenes en El Salvador, en sus tristezas y en sus sueños, pero también nos muestra que el cambio es posible. Y que proyectos como PROJOVENES pueden actuar como catalizadores de multitud de procesos, contribuyendo así a generar nuevas dinámicas y oportunidades.

Tras casi nueve años de recorrido de un proyecto que ha trabajado en numerosos ámbitos, siempre alrededor de la prevención social de la violencia, se perciben efectos prometedores, y sobre todo se extraen muchos aprendizajes sumamente válidos para seguir enfrentando una realidad que mina los esfuerzos nacionales de desarrollo.

Eptisa, como entidad prestadora de servicios de asistencia técnica a proyectos de desarrollo, fue seleccionada (como responsable de un equipo de organizaciones que también incluyó a Flacso y a Iniciativas Culturales) por el INJUVE y la UNIÓN EUROPEA, creadores y financiadores del PROJOVENES, para dar apoyo técnico al proyecto.

Este apoyo, dirigido a las instituciones salvadoreñas involucradas en la prevención de la violencia, se centró en diversas áreas como: el fortalecimiento institucional y el involucramiento de entidades locales y nacionales en el proceso de prevención, el desarrollo de nuevas infraestructuras y la gestión de espacios públicos, el refuerzo de la cohesión social, el impulso de valores en la unidad familiar, el desarrollo de un rol protagónico de los jóvenes como agentes de cambio, entre otras.

En definitiva, este es un libro que nos ofrece la oportunidad de orientar la mirada hacia los jóvenes, verdaderos protagonistas de este proyecto. Pensamos que refleja muy bien la realidad en la que viven y el impacto que pueden llegar a tener en ellos ciertas acciones. Sin duda, nos recuerda el sentido último de las actuaciones y nos da multitud de razones por las que seguir trabajando.

Fernando Varela de Ugarte
Director
División de Cooperación al Desarrollo
EPTISA

MENSAJE DEL DIRECTOR DEL INJUVE

MIGUEL ÁNGEL PEREIRA

Cinco voces dejan escuchar su inmensa y victoriosa hazaña de haber vencido a la exclusión y a las fuerzas tradicionales que la fortalecen en esos espacios de pobreza e injusticia en donde estaban atrapadas. Cinco voces que se han impuesto a los miles de sonidos ensordecedores que emiten los agentes excluyentes y estresadores en un vano intento de acallar las voces, los gritos, quizás alaridos, de miles de jóvenes que en esas mismas situaciones persisten en la actualidad en imponerse a las persistentes estructuras de la inequidad y el estigma en que viven los jóvenes en las comunidades más desvalidas del país.

La mayoría de los jóvenes en esos espacios suburbanos o rurales llevan a cabo una verdadera rebelión en contra de las estructuras tradicionales que cada día se imponen a su voluntad y que los aprisionan desde diversas dimensiones sin permitirle libertad de acción. No es la rebelión social o política de los jóvenes en las calles, como se ha dado en Brasil, España, Egipto, Chile y otros; no tiene la expresión colectiva en las ciudades; los medios de comunicación no prestan atención a este actuar cotidiano que aparentemente no interrumpe con escándalos la vida diaria, y no hay estrategias de movilización en contra de esos lazos invisibles pero férreos que los dominan y los someten. Es una lucha sorda, desigual, que muchas veces, lo mismos jóvenes no la visualizan con claridad, que solo ven efectos y que miran en su propia familia y amigos a los ejecutores que presionan y atormentan y frente a los cuales solo tiene el cariño hacia ellos que, a su vez, tiene un efecto inmovilizador que los derrota.

¿A que me refiero? A las tradiciones de distinto tipo que se estructuran desde el mismo hogar de los jóvenes. La inquebrantable existencia, aunque ya con una visible decadencia, del sistema patriarcal basado en el autoritarismo feroz del padre que sin o con mínima educación reproduce las costumbres y hábitos bajo las cuales se ha formado; la coexistencia de este débil patriarcado con el sistema matriarcal camuflajeado que tiene también gran peso en las decisiones domésticas, a veces fortalecida por la posesión de bienes y la legitimidad del control doméstico - la casa, los ahorros, la fuente más permanente de ingresos, el sostenimiento de la casa, el diseño de la estrategia y funcionamiento de la organización de las tareas internas y la búsqueda de dinero en el exterior y otros - pero que cede ante la “presencia del hombre”, sin importar su efectividad en el mantenimiento del hogar. La violencia doméstica y la desintegración familiar (alimentada por los empleos o fuentes de ingreso frágiles y los salarios ínfimos de los padres), que hace a los jóvenes buscar la salida más “fácil y rápida” de sus casas, surge de esta tensión de siglos. Los chicos y chicas protagonistas de estos relatos no llegan a comprender, en sus inicios, esta relación que tanto sufrimiento les provoca y a la cual se enfrentan sin poder cambiarla del todo. En efecto, no han cambiado estas tradiciones pero los jóvenes han logrado muchas habilidades y competencias que las han debilitado y que los han llevado a introducir otras formas nuevas de convivencia doméstica que debilitan la cultura desigual y hasta se plantean que no quieren reproducir este ambiente para sus hijos.

La discriminación a la mujer, en términos generales, el sexismo - sobre todo en las mujeres muy jóvenes -, la intolerancia a la diversidad de opciones sexuales, son otras tradiciones que pesan sobre los jóvenes de estas comunidades. En un momento de la narración de la madre de Gaby, que vivía en un hogar sin padre y donde solo vivían mujeres, dice con rabia y miedo que su madre convivía con otro

hombre muy ordinario, borracho y autoritario, y que la madre le decía que sin importar quien fuera, necesitaban un hombre para que la gente respetara su casa. Por otra parte, la reflexión de esta joven, que a los diecisiete años ya era madre, concluye irónicamente sobre esta costumbre: “que para la violencia que en mi casa se ejercía y se consentía, no hubiera creído necesario meter en casa a un hombre para protegernos”. Su embarazo precoz produjo el alejamiento de su novio y la intervención del grupo de amigos de él (un grupo marero o por serlo) para intimidarla a que guardara silencio sobre quién era el padre irresponsable. Sufrió en carne propia sentir lo que es imposible para las jóvenes en su condición: tener la oferta de un trabajo y un salario decentes. Años después la mara trataría de obstaculizar su integración a INJUVE pues le decían que su trabajo en la comunidad, por ser mujer, la convertiría en un soplona, una “traidora” que llevaría información a la autoridad. Todo estas estructurales mentales que rigen la acción de los agentes de su entorno social, son las prisiones ante las cuales los/las jóvenes se rebelan cotidianamente, en silencio, pero con una fuerte determinación para cambiarla, “como si a través de las actividades” (que hacen en INJUVE, por ejemplo) pudiesen “restituir la piel arrancada y la carne destruida” en sus vidas.

Heber sufrió diversas y difíciles humillaciones por ser diferente. En su escuela lo estigmatizaron desde muy niño, con acoso verbal y físico, en su hogar sufrió la violencia física paterna aunque la comprensión velada de su madre y hermanas, las maras le hicieron ver sus códigos rojos de comportamiento y el riesgo de caer en sus manos. Primero la participación política y luego la participación como técnico ambiental en INJUVE lo han llevado a realizarse y ser muy destacado académica y socialmente. Llegó a decirle a su madre que no se escondería y que respetaría la vida de los demás. Estas voces nos están mostrando cómo viven los jóvenes no solo entre el “fuego cruzado” de las pandillas, la acción policial y militar, que ya sobrevivir a eso

es una proeza, sino en la angustia de encontrar oportunidades para integrarse a la vida económica y social y para defender sus derechos como jóvenes y ciudadanos del país.

Las cinco historias aquí expuestas muestran las limitaciones que les imponen estas gigantescas culturas tradicionales y el impacto en sus vidas. La joven madre de Gaby, Heber, Malena, Héctor y Sebastián, de alguna forma lograron avanzar sobre esas tradiciones, frente a las cuales se rebelaron y las están cambiando, quizás en una dimensión muy circunscrita a sus casos, pero que muestran que para los jóvenes es posible superarlas. Han necesitado perseverancia, mucha valentía, lucidez e imaginación, además de un soporte muy importante que proviene del Estado, pero que sin los aportes de los jóvenes no representaría mucho.

En este caso, uno de estos soportes importantes ha sido INJUVE que les proporcionó una vía para aprovechar oportunidades con las que han reestructurado sus vidas al hacerlos partícipes de distintas actividades en sus comunidades. El acceso al primer empleo ha hecho variar su visión del mundo, les permitió ver alternativas de integración a la comunidad y a la sociedad y les dio seguridad individual para enfrentar la vida del trabajo y los obstáculos que los mantenían en la desesperación y la inmovilidad. A la madre de Gaby como promotora comunal que llegó a realizarla y darle apoyo en su lucha contra los límites de esas culturas avejentadas e inútiles pero difíciles de cambiarlas y hacerlas desaparecer de un plumón. A Heber, se le abrió una ruta hacia su desarrollo en el campo ambientalista donde se desempeña con éxito y sin pensar en el cierre de oportunidades para su futuro. Malena se ha integrado en la atención a los niños de menor edad y en donde experimenta la expansión interminable de esta misión; a Héctor le permitió realizarse en el campo gastronómico, al cual llegó a través de una beca que lo especializó; a Sebastián en el ámbito de la acción artística en

donde la creatividad y las disciplinas y habilidades corporales llevan a los jóvenes a integrarse y a estimar a sus comunidades.

Es admirable entender, repito, como los dueños de estas voces, con otros miles de jóvenes de diferentes grupos de edad, cuando buscan oportunidades de empleo, de su primer empleo, de su primera microempresa que les proporcione un ingreso mínimo, se oponen no solo a estas tradiciones que permean todas las relaciones y acciones de sus comunidades de la periferia del área metropolitana de San Salvador, sino que también hacen frente a las otras grandes estructuras socioeconómicas del país, como son el desempleo, el subempleo, la falta de inversión, las insuficiencias o las dificultades para realizar las entregas de los servicios públicos básicos como son la educación, la salud, la vivienda, la seguridad pública.

Esta rebelión en silencio es un rechazo práctico de los jóvenes, todos los días, a la supervivencia de formas arcaicas de relación y es un acto de voluntad juvenil de superar las condiciones socioeconómicas. Su acción apunta al cambio de cuestiones de fondo. A la modernización del país, a desmontar todas estas articulaciones que perpetúan la pobreza, el autoritarismo, la propensión al vicio y a las drogas, a la inseguridad, al riesgo de incorporación a asociaciones inciviles y criminales.

INJUVE agradece al Proyecto PROJÓVENES II y a la UNIÓN EUROPEA que le ha permitido escuchar estas voces que no obstante salen desgarradas desde sus almas torturadas por duros contextos culturales y sociales, son también voces fuertes que avanzan hacia inclusión plena y a la convivencia democrática y más justa del país.

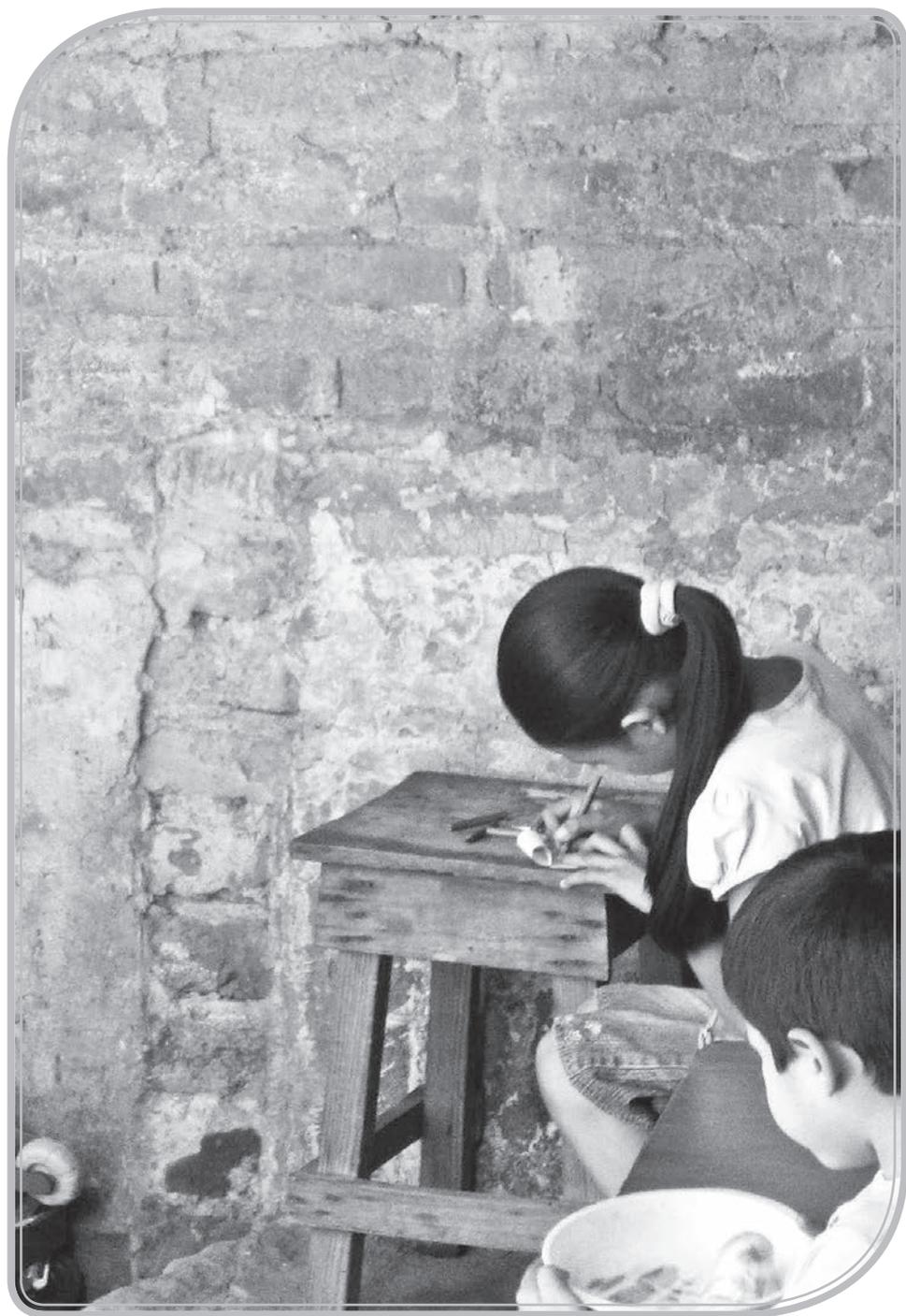
Miguel Ángel Pereira
Director del INJUVE
San Salvador, julio de 2013

El proyecto Projóvenes II, financiado por la Unión Europea y el gobierno de El Salvador y desarrollado por el INJUVE durante los últimos 4 años en 78 comunidades en alto riesgo de violencia social y criminal de las 14 municipalidades del Área Metropolitana de San Salvador, ha contribuido a generar oportunidades para los y las jóvenes de estas comunidades.

La participación activa de estos jóvenes permitió el desarrollo de actividades enfocadas en la prevención social de la violencia a través del deporte, arte, conservación del medio ambiente, convivios familiares, gestión de espacios socioeducativos, recuperación y dinamización de espacios públicos, creación de redes juveniles, participación en juntas directivas, formación e inserción socio laboral, etc..

Así mismo, los procesos sociales y culturales desarrollados por los/las jóvenes participantes en el proyecto y su nueva forma de entender y proyectar sus vidas están contribuyendo a cambios positivos en su entorno familiar, comunitario, laboral y educativo.

Estas Historias de vida reflejan y dan cuenta de cambios significativos en la vida de algunos jóvenes que participaron en cursos de formación laboral para encontrar un trabajo digno o crear su propia empresa, o en capacitaciones como líderes juveniles en prevención social de la violencia.



MI ALMA COMBATIENTE

*Un imperceptible, silencioso y humilde sentimiento.
Pero muy poderoso.*

Gaby no para quieto ni un momento. “Ven aquí que te peine”, le digo, y él se retuerce entre mis brazos y lucha por escaparse. Pero es que tiene el pelo indomable, fuerte y de punta, y no hay manera de darle forma ni con gelatina. En eso se parece a mí, en este pelo salvaje. Gaby es la razón por la que hago que todo funcione. Es quien hace que me olvide cada mañana de los recuerdos que acumulo, y que luche porque la vida llegue a ser un poco mejor para él.

Por eso trabajo con PROJOVENES II.

Por Gaby. Por mi hijo, para que cuando sea más mayor sepa que su madre, aunque fuese apenas una niña, trabajó duro para que la Comunidad en que vivimos fuese un territorio tranquilo y activo, en constante lucha por mejorar.

Que me escogieran en el INJUVE como Técnica Comunitaria fue una esperanza. Con un bebé tan pequeño a cuestas, es difícil que

lo tomen en serio a uno; es casi imposible, incluso, y más cuando todavía no se han cumplido los veinte. Pensaba que no existirían ya oportunidades para alguien como yo, que no tenía estudios superiores ni sabía hacia dónde dirigir mi vida.

Esta idea me atormentaba. Me preguntaba sin cesar a mí misma, *“qué vas a hacer, de dónde vas a sacar el dinero”*... y no encontraba respuesta. Sabía que no iba a ser capaz de continuar el negocio de mi madre, la venta de piñatas, porque no tengo habilidad manual para retorcer adecuadamente los alambres hasta haber dado forma a un payaso, a una princesa o a un elefante pequeño.

Hay que ser casi un artista para que las figuras no queden puntia-gudas y deformadas, para que un pájaro parezca un pájaro y no una manita enroscada.

Pegar los papeles de periódico alrededor del alambre para engrosar la figura, es más sencillo. Y en esa tarea sí puedo ayudar a mi madre de vez en cuando. Pero el paso siguiente trae de vuelta la minuciosidad y el detalle, cuando uno tiene que vestir al muñeco, cortando tiritas de papel de colores del grosor de un grano de arroz. Cuando las piñatas están terminadas quedan preciosas, y toca atravesarlas con un ganchito para colgarlas del techo en la puerta de casa y que la gente que pasa las pueda comprar.

A Gaby le encanta vivir en una piñatería, aunque al principio le daba miedo ver los esqueletos de alambre de las futuras figuras. Me preguntaba si esos muñecos estaban muertos, y yo le explicaba que no, todo lo contrario, que estaban justo preparándose para vivir.

Pero cada vez hay menos clientes en la piñatería. Las piñatas más pequeñas solo cuestan un dólar o dos, pero la gente no tiene dinero suficiente para gastárselo en esto. Así que en los cumpleaños única-

mente se saca un pastel, hecho en casa, y se aplaude al niño mientras se le canta el *cumpleaños feliz*.

De todos modos, yo no sería capaz de hacer los trabajos que hace mi madre. Se me da bien armar pulseritas y llaveros con cuentas de colores. Así que pensé en alquilar un carrito con ruedas para ir vendiendo estos regalitos, y añadir algún otro producto más, agua de coco quizá.

Ese era mi futuro.

Lo era hasta que a través de PROJOVENES II conseguí vislumbrar algo más allá, en el fondo, aunque fuese apenas una esperanza pequeña que iba a comenzar siempre con mucho trabajo, con esfuerzo y con lucha. En mi Comunidad no es fácil llevar a cabo el trabajo comunitario. La gente no está acostumbrada a recibir iniciativas nuevas que los saquen de la rutina habitual.

De vez en cuando en algún muro aparece un grafiti rechazando lo nuevo, exigiendo a los proyectos que se marchen de la Comunidad. Amenazando de muerte.

Yo tuve la suerte de haber sido muy valiente desde que era pequeña. De no callarme nada, aunque con mi voz me arriesgase de más o pusiese en peligro a mi familia. No podía. Nunca he podido evitar levantarme de golpe cuando no estaba de acuerdo con algo.

“Tienes alma de guerrillera”, me decía mi abuela, y supongo que en parte es verdad que soy así.

Esa alma combatiente hizo que no me diese ningún miedo convertirme en la Técnico Comunitario de la Comunidad, a pesar de los reparos iniciales que mostraban los vecinos a los proyectos de

este tipo. El proyecto ya sabía que asumiendo el papel de técnico, iba a exponerme a ser vista como informante, como una soplona ante la autoridad, y que eso podía hacer que fuese amenazada o extorsionada. Pero yo estaba dispuesta a negociar con la mara si hiciera falta para sacar provecho de esta oportunidad. Se lo debía a mi hijo, y a nuestro futuro.

A través del INJUVE iba a poder asistir a multitud de capacitaciones, y podría obtener un Diplomado en la Universidad Nacional sobre Prevención de Violencia. No le importó a nadie que tuviera un hijo pequeño, o que no hubiese asistido antes a la universidad. Sentí que en las capacitaciones abrían una ventana a mi mente, y conseguí hallar explicación a muchas cosas que me estaban devorando por dentro, y que no lograba entender.

El proyecto pretendía, no solo ofrecer oportunidades de aumentar la formación, sino apoyarse en los jóvenes de la Comunidad para propiciar el trabajo activo en la organización de actividades sociales con el propósito de reforzar las relaciones comunitarias. Así, se fortalecería el que los vecinos se sintiesen parte de la comunidad y miembros importantes de un proyecto común, fomentando la participación y la ciudadanía activa, y no solamente en la colonia donde yo vivía sino también en las de alrededor.

A través de lo aprendido en liderazgo, participación juvenil y derechos de la mujer, pude poner palabras a todo lo que yo pensaba y a lo que me enfrentaba día tras día en mi propio hogar. A todo lo que había vivido desde que mis padres se separaron y comenzaron los problemas.

Me hice fuerte, como ciudadana y también como mujer.

O sobre todo como esto último.

Entendí en qué consiste exactamente el respeto y cuáles eran mis derechos. El proyecto puso mi mente patas arriba en apenas un mes. Me di cuenta de lo que suponía la participación juvenil. No era suficiente con lo que estábamos haciendo hasta entonces, poniendo en marcha algunas actividades diseñadas por los dirigentes del partido que gobernaba en la Comunidad.

La participación juvenil requería que esos jóvenes que llevábamos a cabo las actividades, fuésemos también los que las organizáramos y dirigiésemos. Nadie mejor que nosotros podría hacerlo. Nosotros, que hemos conocido el día a día de la Comunidad, sus problemas, las tristezas de sus vecinos y sus ansias de futuro, de promesas.

No pude evitar enfocarme sobre todo al eje llamado “Familia”, que centraba sus esfuerzos en las relaciones familiares, resaltando temas clave como la comunicación, el apoyo o la dinámica familiar. Me atraía su contenido como una herida abierta en mi propio cuerpo, a la que no podía dejar de prestar atención. Como si a través de las actividades del eje pudiese restituir la piel arrancada y la carne destruida, aunque fuera un poco. Desde este componente se pretendía impulsar la comunicación como fuente de estabilidad familiar. También la aceptación de diferencias y el respeto por el otro como forma de disminuir los abusos y la violencia derivada del género, la edad o la falta de alternativas. Entendí que la violencia que en mi casa se ejercía y se consentía, venía marcada porque Carla y yo éramos unas niñas, y no teníamos un sitio donde escapar.

Pensé en lo diferente que podría haber sido mi infancia y mi adolescencia, si mi madre y su nueva pareja hubieran querido asistir a un convivio familiar como los que planteaba PROJOVENES II.

Tal vez hubieran aprendido entonces lo importante que es la familia como lugar primero en el que puede desatarse la violencia social,

como el entorno más próximo y esencial en el desarrollo de los niños. Si mi madre hubiese asistido a algún taller intergeneracional, quizá habría estrechado relaciones con los vecinos, con sus edades particulares, sus experiencias y sus cosas que contar, y no hubiera creído necesario meter en casa a un hombre cualquiera para protegernos.

Pero al menos yo sí he podido asistir a las escuelas de orientación familiar y comunitaria. Allí, hemos analizado temas de la convivencia, aprendiendo nuevas acciones que pueden ayudar a mejorar la situación familiar y la de la Comunidad entera. Que convierten el hogar en un lugar protegido donde aprender a *ser* y a *hacer*. He encontrado un lugar donde poder hablar de salud sexual y reproductiva sin sentirme culpable.

Lo que pasa dentro de las casas es casi un secreto. Nadie habla en voz alta de los golpes que se escuchan a cualquier hora del día, de los ojos amoratados ni de los dolores del alma. Son parte de nuestra vida. Los miramos como quien observa pasar un perro callejero por mitad de la colonia, cojeando de una pata y rodeado de moscas. Los entendemos, incluso. La gente entiende que el alcohol revienta el ánimo y provoca las disputas, y agachan la cabeza siempre que pueden.

En mi propia casa, y durante años que se han convertido en un calvario silencioso, los insultos, las bofetadas y los gritos han sido mucho más comunes que la tranquilidad, la seguridad o el amor.

Quizá por eso, cuando me enteré de que estaba embarazada, en la oscuridad de mi cuarto y con diecisiete años, me doblé como un junco bajo el miedo aterrador de hacer a mi hijo encontrarse con lo mismo que estaba viviendo yo.

Tuve tanto miedo, que deseé con todas mis fuerzas que no llegase a nacer.

Ahora que veo a Gaby aquí a mi lado, recién celebrado su tercer cumpleaños, me cuesta imaginar que alguna vez quise que no llegase a mi vida. Al principio me sentí aturdida porque pude haberlo evitado. Sabía que me arriesgaba a un embarazo inconveniente con cada noche furtiva que pasaba fuera de casa. Sabía que la consecuencia podía ser una carga que modificase mi vida, y me hiciese responsable de un cuerpo pequeño y delicado.

Responsable a mí, que ni tan siquiera podía protegerme a mí misma.

Pero mi novio insistía y a mi ya no me quedaba pisto para comprar anticonceptivos. Y qué iba a hacer, si no quería perderlo. Si, más que querer pasar mi vida con él, lo que buscaba era una excusa sólida para salir de mi casa, para marcharme lejos a aguantar lo que yo misma decidiese y no lo que me habían impuesto.

Finalmente sucedió lo que tenía que suceder. Con la incertidumbre enroscada en la garganta, me senté a hablar con él de lo que pasaba, a explicarle la nueva redondez de mi estómago. Y él pareció dejar de quererme, de repente, en ese preciso momento, en cuanto vio cómo se me apoyaba la camiseta sobre el vientre. Sus palabras pasadas, sus promesas de una vida común, un hogar construido poco a poco, dejaron de valer algo en el segundo que tardé en completar la frase.

“No quiero saber nada”, me dijo, y yo, de la sorpresa no pude ni responder.

Pero así era, y ese fue el último día que lo vi. Fui a buscar a su familia, a decirles lo que ocurría, a intentar que respondiesen por él, aunque fuese su madre, porque a fin de cuentas, también era nieto suyo. Qué más podía hacer con diecisiete años y el miedo anticipado de la carne delicada de mi hijo estremeciéndose en el infierno de casa.

Pero tuve que cerrar la boca en cuanto me abordó un grupo de jóvenes a la salida de casa. Al menos una primera vez tuve que callar. Me empujaron, apretándome la tripa, como si quisieran clavarme los dedos hasta el interior y hacerle sentir a ese niño, apenas un granito de arena, que era un indeseado. Que era un maldito. Me preguntaron si prefería seguir diciendo quién era el padre de mi hijo, que si prefería morir a callarme.

Mi abuela tenía razón.

Les dije que no me importaba en absoluto morir. Que para eso nacemos.

Insistieron. *“Cierra la boca, niña”*, y añadieron que, de lo contrario, arrancarían la piel a mi madre y la pondrían a secar al sol, delante de casa, en uno de los ganchitos de las piñatas. Cuando se alejaron no pude controlar los temblores. Me senté en el suelo, me ensucí de arena los zapatos y en cuanto conseguí calmarme lo llamé a él por teléfono, porque sabía que si esos jóvenes me amenazaban, era bajo su orden. Me costó tres intentos que descolgase, y cuando lo hizo, solamente le dije una frase,

“No voy a vivir con miedo. Si lo vas a hacer, hazlo bien: ven y máta-me de una”.

No respondió nada. Y no volvieron a buscarme.

Aunque parezca raro, no temí por mi vida. Sabía lo que podía pasar a continuación, a él y a su familia, pero no a la mía. La gente que se mete con la mara, aunque sea para hacer negocio, acaba en ocasiones peor que la que iba a ser víctima. Se establece una relación que lo condena a uno de por vida, porque ellos se creen con derecho de ir a buscarlo a uno a cualquier parte para pedirle lo que sea. Y

cuando una mara pide algo, no se le puede negar. Y es entonces la propia familia la que lo paga.

Con dinero, con tierras, o con la propia vida.

Así es como han ido vaciándose decenas de casas en la colonia, en un goteo constante. Vive aquí una familia cualquiera que, en un momento determinado, atraviesa una época complicada, y se la ve mezclándose con gente que no debe, o escondiéndose para que no los encuentren. No suelen durar demasiado. Al cabo de algunos meses de tensión soportada, empacan sus cuatro ropas en una maleta, siempre de noche, y abandonan la Comunidad en silencio.

Cuando les matan a algún miembro de la familia también huyen. Da lo mismo si han visto el homicidio; a los asesinos no les importa porque suponen que la familia del muerto sabrá quiénes han sido. Si matan a tu hermano, quizá vengan a buscarte a ti también, o a tus padres, para hacer lo mismo.

Y no queda otra salida que correr.

Sean cuales sean las razones, jamás vuelven. Las casas se corrompen porque nadie las cuida, y el yeso empieza a descascarillarse y a saltar de las paredes como si tuviera vida propia. Las planchas del techo quedan vencidas con las lluvias y se desparraman por los lados de la casa. Al final uno termina pensando que la casa siempre estuvo abandonada, pero hay gente que sigue recordando a la señora María que vivía allí, o al surtido de gatos que ronroneaba dentro.

Pero cuando uno nace aquí se termina acostumbrando a ver la forma curvada del símbolo de la Salvatrucha en cualquier muro, la eme y la ese atravesadas en las paredes emborronando el rostro de Monseñor Romero. En cualquier parte. Y se acostumbra también a agachar

la cabeza cuando pasan y a responder un “*buenos días*” si lo hablan a uno, aunque por dentro los esté maldiciendo y esté suplicando al cielo que pasen de largo sin ponerle la mano encima.

Hace años era diferente, porque la gente de la colonia aún pensaba que los verdaderos protectores de la Comunidad eran ellos, la mara, y no la policía. Es lógico pensarlo dado que las patrullas no soportaban la idea de tener que entrar en la Comunidad, identificados en sus uniformes azules y blancos.

Por eso hacían una ronda veloz, un teatro fingido con gafas oscuras y las ventanillas del coche subidas del todo. Apenas giraban el volante un par de veces para recorrer los pasajes principales, no hablaban con nadie ni se detenían a poner un pie fuera del coche y ya se estaban marchando de nuevo.

“*Métase en su casa*”, gritaban si alguien les hacía una señal de alto para decirles algo. Y aceleraban un poco, para que la gente oyese cómo se hundía el pedal en el coche, y no se acercase nadie más. La mara utilizaba esta cobardía tras los cascos homologados de la policía para someter a la Comunidad.

Nosotros nos lo creíamos. Estábamos convencidos de que la mara protegía el territorio de las amenazas externas, que cuidaba de la gente que vivía dentro, que lo malo y lo terrible, con mayúsculas, estaba fuera de la Comunidad y ellos eran los que impedían que llegase a tocar a la puerta de nuestras casas.

En las pocas cargas policiales que tenían lugar a lo largo del año, los vecinos dejaban abiertas las puertas de sus negocios y de sus casas para que los pandilleros que corrían tuvieran dónde resguardarse. Les susurraban desde las ventanas para que se refugiasen dentro, satisfechos de colaborar con los defensores de sus vidas ante las del resto.

Pero las drogas lo cambiaron todo.

Al final el tráfico llenó de mugre la Comunidad y convirtió a la propia colonia en territorio violento y lleno de sangre. Quedó invadida por una plaga de atrocidades que ya no respetaba a la gente de dentro, a los vecinos de siempre. Los mareros ya no salían de la Comunidad, porque resultaba más cómodo cobrar peajes a los vehículos que pasaban o extorsionar a los comerciantes. Conseguían todo lo que querían mucho más rápido y sin tener que arriesgarse a ser atrapados.

Cuando sucedió todo esto ya era demasiado tarde. Ya no había tiempo suficiente para reaccionar.

Como si despertásemos de un sueño, nos dimos cuenta de golpe de que quienes creíamos que nos protegían eran en realidad nuestros verdugos, y las mujeres ya no podían hacer nada cuando las asaltaban en un pasaje y les levantaban la falda a tirones. Después, y en el mejor de los casos, lograban arrastrarse por la tierra de vuelta hasta casa, horas más tarde y con las uñas llenas de sangre y piel, y una vez dentro se callaban para siempre. En el peor, a la mañana siguiente el aire de la colonia amanecía inundado de gritos, y al cabo de unas semanas, había una casa vacía más en la Comunidad.

La gente que conocía a los mareros procuraba no mirarlos a los ojos al verlos pasar y, uno apenas acertaba a creerse que los que los dirigían fuesen tan niños. Se los conocía bien, pero aún así, de vez en cuanto costaba aceptar que el muchacho delgado que caminaba al frente del grupo, con apenas dieciocho años, fuese en realidad el director de un sicariato, con esa cara de niño de escuela, y ese escuálido pecho de pájaro. Con ese caminar rodeado de un aire místico, de emperador, con un aplomo inusitado en los tobillos, como si desde la cuna hubiese sabido que acabaría cercenando vidas junto a su grupo sin derramar una lágrima.

Ya era tarde para evitar todo eso así que la gente solo pudo instalar cerrojos en las puertas de las casas y verjas de alambre rodeando los patios. Cuando oían correr a gente fuera, subían un poco el volumen de la televisión y se hacían los distraídos, negándose a admitir la inquietud que les devoraba por dentro, y les cortaba la respiración, temiendo que lograsen entrar en su casa.

En esa casa que antes estaba abierta para ellos y que ahora ya no lo estaba.

Vi, siendo una niña, como se pudría lentamente mi Comunidad, y por eso, siempre he jugado poco fuera de casa. Apenas una hora en que mi madre nos dejaba salir a Carla, mi hermana, y a mí, a jugar a *escondedero*, a *tentano* o a *mica*. Solamente una hora, de tres a cuatro de la tarde, cuando aún el sol estaba muy en lo alto y aplastaba con su peso caliente nuestros pasos.

Cuando las calles se iban vaciando, porque la gente empezaba a meterse en casa, nos hacía un gesto desde dentro, recogíamos las cosas y atravesábamos la puerta sin decir nada. Y nos era suficiente. Esa hora fuera, en el patio, olvidándonos de todo, nos era suficiente alegría porque nos permitía dejar atrás por un rato el aire húmedo y pesado de dentro, y conseguía apartarnos, aunque fuera por un corto espacio de tiempo, del novio de mamá.

Ese hombre que era de todo menos un hombre.

Cuando mis padres se separaron, yo apenas tenía seis años, y la ausencia de mi padre me perforó el corazón de lado a lado. Mi madre pareció olvidarse de quiénes éramos, de qué cosas nos importaban. Se enloqueció por ese novio recién estrenado de una forma brutal y desmedida. En algunos momentos, pareció incluso transformarse en los peores años de mi abuela, esa pobre anciana que

me llamaba guerrillera, y a la que acusaron de hacer brujería. Que hablaba con los muertos y se comportaba de formas extrañas. Que no reconocía a sus hijas y se echaba a vagar a las calles, donde la encontraban dormida, acurrucada en un rincón cualquiera, y con los puños llenos de plumas.

“Es por vosotras, no entendéis”, nos dijo mi madre cuando hizo pasar a la casa, tras de sí, a ese hombre que llegaba borracho y con los pies descalzos. *“Para que vean que hay un hombre en la casa, y estemos más seguras”*.

Escuché todo eso con la ignorancia que tienen los niños, viéndolo avanzar a él con el andar torcido, la boca medio abierta y los pantalones raídos. Éramos tres mujeres en la casa desde que se fue mi padre. Solamente mi madre, mi hermana y yo. Éramos un blanco fácil. Cualquiera podría entrar en casa de una patada y arrancarnos de la cama para lo que quisiera.

Por eso necesitábamos un hombre. Para tener una amenaza con que enfrentarnos a lo que sucedía fuera de casa. Mi madre parecía pensar que cualquier hombre valdría.

Y en el fondo de mi corazón yo pensaba que, en lugar de recibir a aquel hombre bamboleante y sucio, habría bastado un perro.

Cuando hubo entrado del todo en casa, el hombre quiso posar su mano en mi pelo y yo me aparté de un salto, y entonces mi madre gritó, *“¡no le respondas así a tu padre!”*, y yo le devolví una mirada muda y espantada.

“¿Mi padre?”, pensé. Y mi alma combatiente se retorció por dentro pensando que nos obligarían a llamarlo así, aunque ya tuviésemos un padre. Corrí hacia mi cuarto.

Ese hombre que no era mi padre entró en mi casa como si fuera su dueño, de la casa y de nosotras, y la llenó con su porquería, su autoritarismo y sus humillaciones. Carla se sometió a todo eso, aterrorizada y llorosa, cuando él nos ordenó que nos arrodillásemos ante él para hablarle. No podía defenderse.

Yo quise detenerla, agarré la punta del suéter sobre su hombro, y tiré hacia arriba, para cortar con rapidez su movimiento triste, porque ya empezaba a doblar una pierna, y después la otra, con la mirada fija en el suelo.

“*No, Carla*”, le susurré entre dientes, entendiendo en el fondo que ella no encontrase otra forma de responder que con sus rodillas acariciando el suelo. Así quedó, agachada y minúscula como un animal, con la espalda curvada y las manos cubriéndose la tripa.

“*¿Y tú qué?*” escupió él con la voz pastosa y los ojos llenos de una especie de sudor transparente.

Y yo busqué a mi madre con la mirada, pensando dónde estaría y suplicando que anduviera cerca para ayudarnos. Mis ojos se toparon con ella al otro lado de la mesa de comedor, mirándonos a todos: a él con los brazos apoyados en las caderas; a Carla prácticamente tumbada en el suelo, quieta como una piedra; y a mí todavía de pie, buscando su ayuda.

“*Arrodíllate*”, insistió él, y yo miré una vez más a mi madre. Nuestros ojos se cruzaron un momento y, sin pronunciar una sola palabra, conseguimos decírnoslo todo.

“*Ayúdame, mamá*”, dejé que mis ojos le rogaran.

“*Arrodíllate*”, pude leer en los suyos.

Y después desvió el rostro entero, dio media vuelta y se perdió entre las sombras de la cocina.

El golpe asesino de la soledad me atravesó la frente. Era una masa fría, inerte y pálida que, como una película de hielo indestructible, invadió el espacio por detrás de las cuencas de mis ojos hasta llenarlo absolutamente todo.

Nos había abandonado.

Alcé la cabeza todo lo que pude, dirigiendo mi barbilla hacia el cielo, y con la mirada más dura que pude ensayar. Él me agarró del pelo, enredó sus dedos destructores entre mis mechones negros y tiró hacia abajo. Me curvé de dolor.

Mientras doblaba mis rodillas vi a Carla abajo, cada vez más pequeña y temblorosa, y conseguí calmar la pelea de mi orgullo, que me empujaba a apartar esa mano invasora de un manotazo y salir corriendo, porque entendí que era con ella con quien debía estar.

Así al menos me tendría a mí.

En aquel momento, como una fiera sometida, tumbada sobre el suelo junto a los pies de él, pensé que no tenía derecho. Que no lo tenía en absoluto, porque era un vago que ni siquiera traía a la casa un dólar con que ayudar con los gastos.

Hoy me estremezco al pensar en lo que significaba eso. Porque creo que si hubiera salido a trabajar y hubiera aportado dinero en casa, yo me habría arrodillado con gusto. Ese hombre salvaje hubiera conseguido que me engañase a mí misma pensando que, a pesar de los golpes y las humillaciones, yo le debía algo. Bajo ese error mutilador, habría admitido su abuso, pero siempre a cambio de algo.

Aquel hombre representaba todo lo que, desde pequeña, y más aún desde que me involucré en PROJOVENES II, sentía que debía combatir. La despreciable forma que tenía de culpar a una mujer que había sido violada dos pasajes más al este hacía unas cuantas noches. La denigración de hacernos sentir animales bajo su mando.

No podía soportar ver a mi madre convertida en una necia. Luché como si me jugase la vida entera para que entendiese lo que estaba permitiendo. *“No lo necesitamos”*, insistí, le rogué que hiciese que se marchase de casa para siempre.

“Estamos mejor sin él”, le repetía, pero tuvo que pasar mucho tiempo para lograr que se plantase frente a él. Yo acababa de asumir que iba a tener un hijo, y por nada del mundo pensaba consentir que mi hijo creciese en un hogar así. En lo primero que pensé fue en abandonar la casa, marcharme a vivir con mi padre y luchar cada día para olvidarme poco a poco de todo eso. Pero no podía. No podía marcharme sin mirar atrás y dejar a Carla y a mi madre solas.

Quizá la lucha de mi alma me impedía darles la espalda. Mi madre, enloquecida y necia, me necesitaba.

Así que peleé con ella, discutí y grité con furia, para llenarla de una rabia que la provocase a dar un paso al frente y alzar el brazo izquierdo para señalarle a ese hombre la puerta. Pero fue él mismo el que empujó a mi madre a lanzarse al vacío, cuando dijo, al enterarse de mi embarazo, satisfecho y arrogante: *“un siervo más en esta casa”*.

“Márchate”, le dijo entonces mi madre, y yo, desde una esquina, creí percibir en la ondulación de su voz un orgullo inesperado.

Pero como les sucedió a los vecinos de la colonia que dejaban

abiertas sus puertas a los mareros, para mi madre también parecía ser demasiado tarde. Había permitido que entrase tan dentro en nuestra vida, con sus toneladas de brusquedad y el olor a cerveza caliente, que ahora no tenía ímpetu suficiente para empujar la puerta y dejarlo fuera a él.

Estábamos cautivas.

Enfurecido como un animal salvaje, nos arrastró a Carla y a mí ante él y nos obligó a arrodillarnos. Nos agachamos cuanto pudimos, intentando olvidarnos de su presencia mirando fijamente al suelo. Después, se sacó del cinturón el machete que siempre llevaba colgando, golpeándole la pierna como una piel muerta. Lo limpió con el borde deshilachado de su camisa blanca y acarició la hoja con una mano. A continuación, lo bajó de nuevo, muy lentamente, centímetro a centímetro, para que mi madre pudiese verlo, y lo dejó balancearse por encima de nuestros cuellos.

“Repíte lo que acabas de decir”, retó a mi madre.

Y a mí se me escapó una lágrima que se perdió bajo sus zapatos.



Cinco meses más tarde, cuando yo ya no conseguía abrocharme ni un solo pantalón de los que tenía antes, conseguimos que la policía lo sacase de casa. Fue necesario que acudiésemos a esos guardianes que casi siempre parecían invisibles, para no caer en la trampa de acudir a la mara y encargarles que se ocupasen de todo. Lo sacaron a empujones, sosteniéndole los brazos para esquivar los golpes, acallando sus gritos y sus amenazas de muerte.

Él se refugió en las calles, donde lo veíamos de vez en cuando peleando consigo mismo en ese espacio impalpable entre la vida y el sueño de los borrachos. Y un día, sin más, desapareció.

Gaby nació en una casa donde las piñatas se apoyaban en las paredes y ya no había intrusos. El temor del principio se convirtió en alegría cuando llenó de gritos y risas recién estrenadas el alma magullada que teníamos. Desapareció de mi mente el sentimiento quebradizo de la vida, y me hizo aún más fuerte.

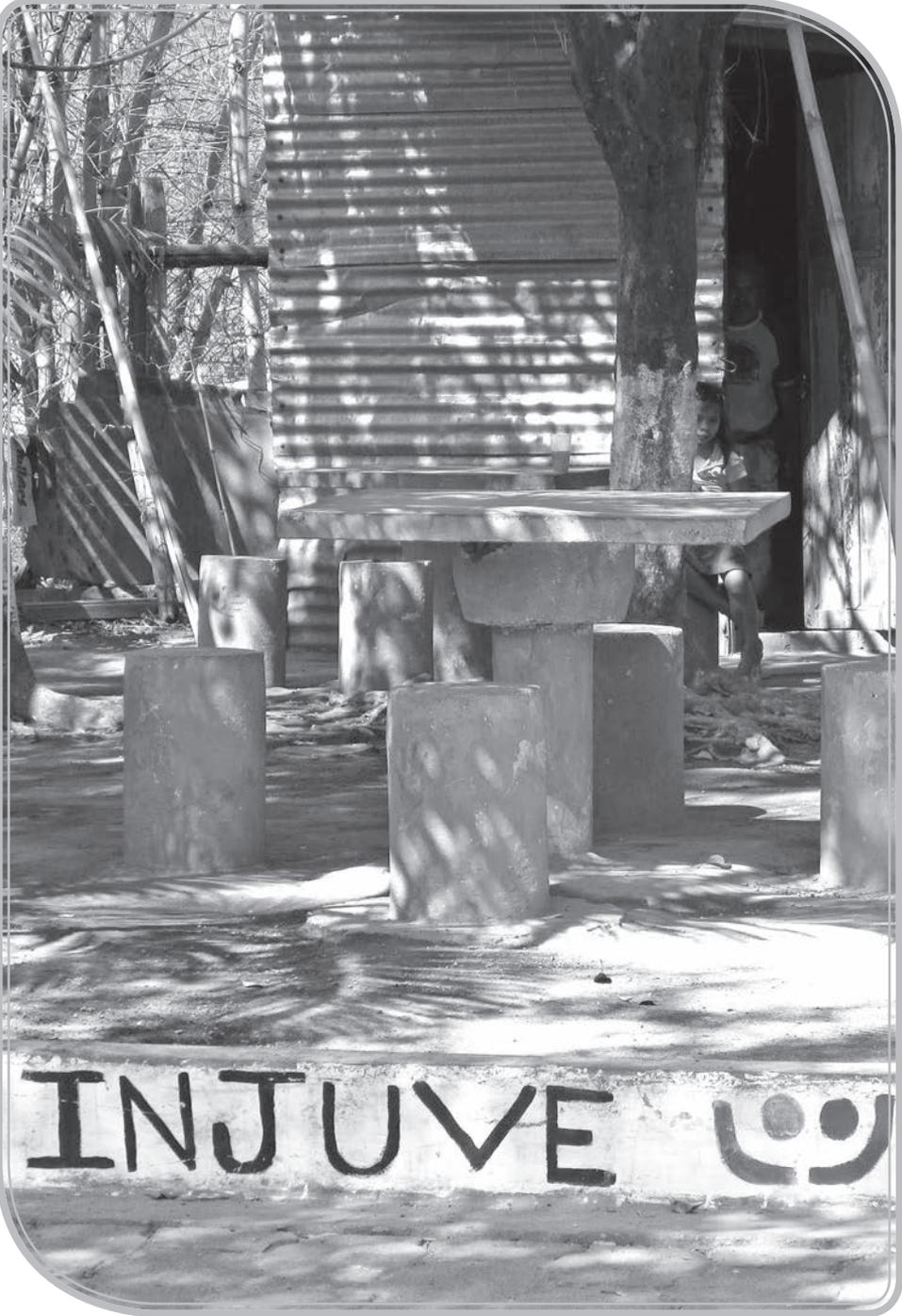
Se parece a mí en el pelo, sobre todo, pero también en lo demás. Es menudo y ancho, como yo, y tiene las piernas fuertes y las manos ansiosas por agarrarlo todo.

Con solo dos años ya me acompañó a las reuniones de INJUVE. Lo sentaba en una silla a mi lado, en la Casa Comunal, y se quedaba quieto escuchando el murmullo ensordecedor de los grillos fuera. Teniéndolo tan cerca, sentía que lo que yo estaba haciendo cobraba mucho más sentido. Y además aplacaba el dolor que todavía me hacía arder la piel cuando, en las reflexiones grupales, hablábamos sobre violencia de género.

Me quedan pocos meses para terminar el Diplomado en Prevención de Violencia. Después estudiaré Trabajo Social, porque he encontrado un motivo indiscutible para dirigir hacia él mi ánimo luchador.

El motivo de mi lucha soy yo misma, es mi alma combatiente. Y también la de Gaby, mi pequeño guerrillero.







HEBER

Siempre es difícil alcanzar metas, cumplir sueños, subir más alto. En circunstancias adversas, más todavía. Y siendo una persona diferente, más complicado aún. Hace falta voluntad y fuerza. Y luz.

La noche en que Heber nació, sus tres hermanas lo miraron atónitas y recorrieron con sus manitas cuidadosas el cuerpo tembloroso y delgado envuelto en sábanas. Mauricio, su padre, salió de la casa con el corazón desbocado, y en el patio ya, empapándose bajo la lluvia, elevó los brazos al cielo, y dio gracias a Dios por haberle dado a su primer varón.

En medio del agotado esfuerzo de dar a luz, Ángela le escuchó hablar a los cielos desde dentro, y por un momento pensó que su historia, la de él y ella, que tan mal había empezado, tal vez pudiese tener un final feliz.

Cuando se conocieron, Ángela apenas rozaba los 14 años, y él le doblaba una edad repleta de experiencias y desengaños. Se la llevó a su casa cuando se quedó embarazada de su primera hija, y ella entró tropezándose con sus propios pies, llena de miedos y vergüenza, decidida a cumplir con la responsabilidad que le tocaba, aunque fuera apenas una niña, aunque no le quisiese, aunque se tuviese que tragar

las lágrimas al ver a su madre empujarla hacia la puerta para iniciar una vida que no quería.

La casa que compartían se levantaba a la orilla de una carretera que limitaba la colonia, en una Comunidad donde la vida empezaba a construirse lentamente. Los desconocidos iban llegando de otras tierras arrasadas por la guerra, y sacaban los martillos para arreglar las ventanas y ajustar las patas de las sillas.

Cuando caía la noche, Ángela corría las cortinas y se sentaba en el sofá hecha un ovillo, encendía una vela para iluminar la sala, y esperaba a que la invadiese el sueño mientras se acariciaba la tripa.

Caminaba todas las mañanas hasta el río, con el paquete de ropa sucia enganchado debajo de un brazo, y el guacal naranja bajo el otro. Cubría una distancia llena de barro y piedras y se desvestía rápidamente en la orilla. Hundía los pies en el fondo resbaloso y helado y se cubría de agua dulce varias veces, antes de arrodillarse sobre los cantos del fondo para frotar la ropa que traía envuelta.

Se le clavaban las piedras brillantes y suavizadas por el torrente de agua en los tobillos. Y se estremecía de frío.

El patio de la casa, abierto y cubierto de grava, veía pasar incesantemente vecinos, comerciantes y niños de camino a la escuela, hasta que instalaron una verja de alambre retorcido alrededor de su terreno y colocaron un portón de hojalata en la entrada, que en las noches de tormenta no les dejaba dormir. Con una segunda hija en camino, Ángela y Mauricio plantaron, en mitad del patio, un palito, para que cuando creciese pudiese dar cobijo con su sombra a los hijos que venían.

Los primeros años inundaron la casa con el silbido del restallar del cincho en el aire. Mauricio no soportaba los fallos de ella en la casa,

que le temblasen las manos al servir el arroz en el plato, o que no le hubiese lavado los pantalones a tiempo. Entonces, con el mismo ímpetu con que daba gracias a Dios en los cultos, levantaba los puños, y le reventaba los platos sobre la espalda.

Ángela nunca decía nada, apretaba los ojos deseando que sus hijos estuviesen metidos en el cuarto, y por las mañanas se miraba al espejo, y dedicaba un rato a contarse las canas nuevas que cubrían su cabello ondulado. Ahora, después de tantas noches y tantas mañanas frente al espejo, tiene el cabello completamente gris.

Pero Ángela, igual que Mauricio, también daba gracias a Dios con vehemencia. Sólo que lo hacía por otras cosas.

Daba las gracias porque él saliese siempre tempranísimo de casa, cuando el sol todavía no había empezado siquiera a asomar por detrás del volcán, para llegar a la panadería. Daba gracias también porque el esfuerzo de sostener las bandejas ardientes y manejar los hornos durante horas, agotase cada uno de sus músculos y así, al llegar a casa, solo le quedasen fuerzas para echarse en su cama y levantarse únicamente cuando tuviese hambre.

Cuando Mauricio se aislaba en su cuarto, la casa parecía otra cosa. En esas horas en que la quietud conquistaba la sala por un rato antes de cenar, Ángela se permitía sonreírles del todo a sus hijas, y, con Heber aferrado a su falda, las sentaba en una fila de sillitas, por orden, y las iba peinando una a una.

Y es que con cuarenta años cumplidos, Mauricio pareció aprender a ignorar de repente el mundo que lo rodeaba. Pareció olvidarse de todo. Encontraba en las paredes de su cuarto un refugio donde nadie alcanzaba a molestarlo. Sus hijos correteaban en la cocina, los escuchaba cantar de vez en cuando y jugar en el patio,

ayudar a Ángela a preparar la comida o remendarle la ropa. Pero él apenas se acercaba a ellos.

A veces, iluminado bajo la luz parpadeante del televisor encendido, se paraba a recordar el día en que había sostenido a Heber en los brazos por primera vez. Ese día sintió que una parte de sí recuperaba a aquel hijo que tuvo en una vida anterior, cuando aún no conocía a Ángela: el hijo que un día atravesó la puerta de casa siguiendo a la guerrilla, y que jamás volvió. Sin embargo, Heber no alcanzaba a encontrar en él nada más aparte de un extraño de brazos fuertes y mirada turbia, un hombre que vivía en casa y la llenaba de miedos.

Heber temía al cinturón de su padre rasgando el aire, pero no solo a eso. Se sentía diferente a él de una forma tan violenta e irremediable, que se anticipaba temblando al temor que sentiría cuando lo decepcionase una, dos, tres veces. Mil. Sabía lo importante que había sido para él gritar *“por fin un varón”*, y se sentía dominado por el peso inaguantable de esa promesa. Creía ser incapaz de cumplir con lo que él esperaba. De satisfacerlo. De llenarlo de orgullo de padre compartiendo con él charlas de hombre en la cantina.

Y ese sentimiento de desilusión pronosticada, siempre estaba ahí. Por eso, cuando Mauricio salía de su cuarto a comer, el niño corría a sentarse en un rincón y jugaba a arrastrar un camioncito sin ruedas por el suelo. Procuraba moverse poco y no hacer ruido.

El padre de vez en cuando intentaba jugar con Heber con el ensayo torpe de quien no sabe hacerlo, y agarraba otro coche para chocar con el camioncito. A veces, solo a veces, también acertaba a decirle: *“te quiero mucho, viejito”*, para ponerse otra vez rápidamente de pie y marcharse.

Pero cada vez eran menos los ratos compartidos. Y, gracias a eso, también cada vez eran menos las veces en que Mauricio se contraria-

ba por cualquier cosa y hacía saltar la comida de la mesa de un golpe. Cuanto menos se sacaba él el cincho, más tranquila estaba Ángela, que aún así se acostaba en el cuarto de los niños, lejos de él, con una especie de alegría en los miembros sin marca.

Juntaba dos colchonetas en el suelo y las cubría con una tela grande, para que pareciese una única cama. Veía a sus hijas hacerse un ovillo en un extremo, juntándose pies, brazos, y cabellos revueltos, y ella se tumbaba en el otro extremo, para apretar a Heber contra su cuerpo. Lo envolvía con los brazos para hacerle conciliar el sueño.

Acariciaba el pelo oscurísimo del niño, su hijo más pequeño, el que más amor le demandaba y que se lo devolvía después multiplicado por cientos. Lo acunaba junto a ella y Heber se dejaba vencer por el sueño satisfecho y seguro.

“Japonesito”, le decía ella, “que parece que te he traído directamente de Japón”, porque Heber tenía los ojos rasgados y la sonrisa perenne. Lo decía como si alguna vez hubiese salido de entre esos volcanes.

El universo de Heber se limitaba al espacio de su casa y el patio. El resto de la Comunidad quedaba muy lejos para él, porque el miedo que tenía Ángela a que pudiese sucederle algo, hacía que lo mantuviese siempre cerca de ella, rondándola en la cocina o saltando fuera.

La verja se había convertido para él en una fortaleza, en un límite imposible de cruzar, y desde dentro veía pasar a otros niños, que lo miraban como a un desconocido pese a vivir a tan solo unos metros de distancia. En realidad no era la simple verja, sino el miedo de Ángela, lo que lo separaba del mundo.

La casa que se alzaba al lado de la suya llevaba abandonada muchos años. Un día cualquiera, sin embargo, alguien llegó y la arregló

para abrir una cantina donde se juntaban, en cuanto caía el sol, hombres recién salidos de trabajar y jóvenes que no hallaban el modo de orientar sus vidas, y ordenaban una cerveza tras otra.

En cuanto Ángela escuchaba murmullos en la cantina, se las ingeniaba para hacer a los niños entrar en casa. Los hacía pasar atraídos por el olor de los frijoles recién servidos, y así evitaba que escuchasen los gritos y las disputas que estallarían al poco rato entre esas paredes llenas de vasos golpeando contra las mesas.

La escuela, a cien pasos contados desde la puerta de casa, y al otro lado de la carretera, lo recibió cuando Heber cumplía los 7 años. “*Llévalo*”, le había dicho Mauricio a Ángela ignorando el llanto del niño, “*tiene que estudiar y ser algo grande*”. Insistía, “*llévalo*”, aunque ella no quisiese imaginarse ni una mañana sin él alrededor de sus tobillos.

Así que Mauricio terminaba ordenando: “*Llévalo, Ángela, anda*”

El primer día, incluso, los había acompañado a ambos hasta la puerta, para ver desde la entrada cómo ella se zafaba del abrazo desesperado del niño allí. Heber entró en clase, sollozando como un cachorro, mientras Ángela notaba que se le quedaba la boca seca y el pecho hundido.

Se pasó allí parada el resto del día, apoyada a ratos en una lámpara esperando a que saliese. Preparada para echar a correr si él salía a buscarla, o para hacerle de protección si se escapaba de la clase y se lanzaba sin mirar a la carretera. Mauricio los vio volver a casa, ya por la tarde, a Heber saltando alrededor de Ángela, y con una alegría despierta que no llevaba cuando salió hacia el colegio.

“*Anda bien*”, le dijo él cuando hubo llegado al salón, “*eres un varón, camina como tal*”.

Y al niño se le encogió el corazón dentro del pecho. Ángela no supo, en aquel momento, descifrar el origen del comentario de su marido, porque aún no había sido capaz de darse cuenta del movimiento de los ojos de Heber al mirar las fotos de las revistas que llegaban a casa, o a los actores de las novelas que ponían en televisión.

Heber sin embargo, sí supo que la primera decepción había llegado, y también entendió que no habría forma de evitar el resto, que a continuación vendrían muchas más, por el abismo que lo separaba de su padre, y por la razón escondida que formaba parte de él en lo más profundo y que convertiría ese espacio sin nada en una herida sangrante entre ellos.

Ángela siguió yendo a la escuela a buscar a su hijo día tras día, para acompañarlo a casa sin detenerse demasiado al pasar por la puerta de la cantina. Sabía que esos jóvenes que veía beber con una prisa incomprendible a través de la ventana, saldrían un rato después a invadir casas ajenas de las que llevarse algo. Darían una patada a cualquiera de las puertas y llenarían la sala de risas descontroladas y empujones.

Por eso echaba con rapidez el cerrojo en el portón, y rezaba un segundo para no tener que volver a sentir en el aire el olor a carne quemada y los gritos de un hombre destrozado por la pandilla.

De vez en cuando Ángela se sentía culpable por no haber podido dar más libertad a sus hijos, un espacio mayor en el que ellos pudiesen explorar el mundo, pero la vida en la Comunidad estaba limitada por el tráfico y el consumo de drogas. Los jóvenes pandilleros no encontraban otra forma de vivir que la amenaza y el robo, ni otra forma de defenderse que la muerte a balazos o cuchilladas.

Comprendiendo que su deber como madre era hacer vivir a sus hijos alejados al máximo de la realidad que invadía otros lugares de la

Comunidad, los mantuvo en casa y los enseñó a respetar lo que no era suyo. Heber crecía con la mente apartada de los peligros más allá de la verja de casa, y disfrutaba de sus ratos a solas con Ángela, cuando, por algún motivo, Mauricio salía y se llevaba a la iglesia a sus hermanas.

Ellos dos se quedaban en casa, solos como casi nunca, ella y él, y entonces echaban una manta delgada sobre el sofá y Ángela cocinaba huevos picaditos, y se los ponía en un plato sobre las rodillas, el que tenía el dibujo de una ardilla roja y negra. Encendían la televisión para ver *El Chavo del Ocho*, y después se tomaban un chocolate caliente, aunque no hiciese frío, sentados uno al lado del otro.

En Ángela, Heber encontraría a la persona en quien apoyarse cuando le faltasen las fuerzas. Era su refugio, su protectora, y confiaba en que fuese también su salvación cuando algún día todo estallase y la verdad de su condición se supiese.

La espalda vuelta de su padre quedaría compensada por el abrazo infinito de ella.

Cuando Heber tenía doce años, en mitad del día, una llamada de teléfono sacó a Ángela de casa a la carrera, para ir a encontrarse con el director de la escuela. Con los labios llenos de temor a que algo hubiese sucedido, preguntó dónde estaba su hijo. Le explicaron como pudieron lo que él no había sido capaz de contar a su madre, lo diferente que se sentía, lo imposible que le resultaba y le resultaría siempre interesarse por las niñas.

“Su condición sexual lo marcará de por vida”, le dijeron, y Ángela sintió sobre ella el peso inmanejable de un sufrimiento perpetuo.

Lo demás pasa, pensó, los golpes, los gritos, los dolores cristalizados en su carne cuando se rozaba un moratón contra una mesa.

El trabajo agotador, el cansancio de la vejez, todo pasaba. Todo terminaba por pasar alguna vez, por empezar a olvidarse, por poder retomar la vida sin eso.

Nunca antes se le había ocurrido pararse a pensar en cómo se lucha contra algo infinito que no sea la muerte.

Respiró lo más hondo que pudo en bocanadas cortas y angustiadas. Salió de la escuela y cruzó la carretera hacia casa con la vista nublada y las manos cerradas en un puño. Cuando Mauricio llegó, con marcas de sudor impregnadas en la camisa, se lo contó todo, luchando contra una duda que le cerraba la garganta. No sabía si estaría haciendo bien al contarle.

Temía el dolor con que recibiría Heber la respuesta de Mauricio, pero le aterrorizaba aún más la discriminación social, las miradas furtivas, y la muerte que pisaba los talones a los diferentes.

Mauricio no dijo nada cuando Ángela terminó de hablar, solo se sentó en una silla frente a la puerta de casa, y esperó varias horas hasta que Heber se atrevió a aparecer, cabizbajo y temblando como un animal.

“*Padre*”, quiso decir él entonces, para seguir después adelante con una disculpa que en realidad no sentía, pero en su lugar apretó los dientes más fuerte cuando lo vio levantarse, desabrocharse el cinturón, y hacerlo resbalar de un tirón fuera de los pasadores.

Ángela se tapó la cabeza con la colcha de su cama mientras le oía gritar.

Y después, cuando el silencio volvió a inundar la casa, Mauricio y ella sintieron un alivio secreto pensando que el problema tal vez hubiera pasado.

Heber se metió en el fondo de la casa, se quitó la ropa y hundió los pies en el cemento de la ducha. Vertió varios guacales de agua helada sobre su cuerpo y esperó ahí, sin moverse, hasta que se hubo secado la última gota por encima de las heridas.

Mientras permanecía de pie esperando, apartó de su mente el recuerdo de las miradas condenatorias de los vecinos, de los empujones anónimos por los pasillos de la escuela, de los rostros fríos de algunos profesores. Todo eso, los desprecios y gestos humillantes que recibía cuando atravesaba la puerta de casa, podía soportarlo. Lo había hecho ya un tiempo y conseguiría soportarlo cuanto hiciera falta. Pero en el refugio resguardado de su casa, no tenía forma de luchar.

Si allí no encontraba descanso estaría perdido.

Sintió a su madre revolverse bajo la colcha de la cama, sin poder dormir pero en silencio. No le costó nada comprender cada ínfimo fragmento de ese silencio, el miedo que ella estaría sintiendo, enredada en su propio cuerpo en esa cama, envuelta en sudor y con el latido destructor de no saber qué iba a tener delante a partir de entonces, además de a su hijo, ese que parecía un niño traído directamente de Japón.

A Heber no le costó tampoco decidir que se adueñaría él también de un silencio parecido.

Entendió que tal vez no era ella quien debía protegerlo a él ante este dolor nuevo e inesperado. Pensó que quizá él había estado equivocado todo ese tiempo pensando que ella lo podría resguardar. Que lo haría. Se hizo consciente de que había llegado el momento de devolverle a ella parte del apoyo, la ayuda y la comprensión recibida.

Supo que le tocaba a él ser el protector de su madre, y lo asumió a través de un silencio que parecía defensor, que almohadillaba las

verdades que más profundamente escocían los cuerpos. Un silencio que lo calmaría a él también y lo protegería, al menos dentro de casa, de los latigazos furiosos de su padre y del dolor de su madre.

Heber cumplió quince años sin darse apenas cuenta, desbordado por unas ganas inmensas de luchar y de hablar para ser escuchado; un torrente incontrolable que había encontrado su cauce en la sede de su partido político. Allí él encontraba el espacio para el movimiento y la libertad que en casa no tenía, y aprendía formas con las que poder defender sus individualidades.

“*Heber, un gusto verle*”, le decían cuando cruzaba las puertas de la Alcaldía, y él se sentía importante y respetado, y habría dado lo que tuviese porque su madre lo viese allí, con una camisa abotonada hasta el cuello y una carpeta debajo del brazo.

“*No te cambies de ropa*”, le dijo Mauricio un día al verlo llegar. “*Vamos a salir a pasear, viejito*”, añadió, y Heber se detuvo un momento bajo el dintel de la puerta, incapaz de creerse que fuese a él a quien se dirigía su padre. Lo llevó a Metrocentro, en San Salvador, y se sentaron juntos en una terraza a comer una *banana split*. Tiempo después Heber acertó a pensar que en aquel momento su padre quizá sintiese, en el fondo de su corazón, que había empezado a morirse, y no había encontrado otra manera mejor de despedirse de él.

El día en que murió Mauricio se desató la tormenta más grande que había azotado la Comunidad hasta entonces. Temblaban hasta las paredes de la casa, y el árbol del patio peleaba por mantener su tronco erguido, mientras el portón de hojalata chirriaba desesperadamente. Heber se estremecía con cada nuevo estallido de los relámpagos en el monte. Sus hermanas cocinaban cuchicheando entre ellas, gastándose bromas en voz baja, muy cerca de donde cosía Ángela debajo de una lamparita que arrojaba una luz azul.

A Mauricio, que intentaba sintonizar sin éxito algún canal, con la camisa desabotonada y por fuera de los pantalones, se le resbaló de las manos el mando de la tele, y se le quedaron de pronto las piernas sin fuerza.

Alertada por el golpe seco que hizo el mando contra el suelo, Ángela se levantó de un salto, como si ella también supiese que la vida de Mauricio estaba a punto de terminar. Cruzó la cocina tan rápido que se le salió uno de los zapatos, y lo dejó ahí, tumbado debajo de la mesa, como un animal dormido.

Llegó al sofá tan aturdida que creyó ver transparentarse un reguero de sangre a lo largo de la sien izquierda de Mauricio, por debajo de la piel, como una serpiente roja que le invadía la cara, y gritó a sus hijas, *“Llamen a la ambulancia”*, mientras lo abrazaba.

Heber cerró el libro con el que estaba intentando hacer las tareas de clase por encima del sonido de los truenos, y salió temeroso a encontrarse con sus padres en el salón. No encontró en el rostro de ese hombre que yacía estático en el sofá, los rasgos del padre que conocía. Y supo que esa noche iba a perderlo definitivamente.

“Acércate”, le dijo Ángela, y a Heber se le contrajeron los músculos de las piernas sin dejarlo avanzar. No quería compartir con él el final de una vida que durante tantos años tampoco habían compartido. No quería olvidar, ni aunque solo fuese por un momento, el dolor de ver a su madre doblarse bajo sus golpes, ni el suyo propio. No tenía ganas de ignorar que él arrastraba el peso de un silencio que limitaba su vida, por culpa de su padre, ni la rabia, la vergüenza y la culpabilidad que había sentido.

Pero la súplica en la mirada de Ángela hizo que al final se acercase. Así, acurrucado junto al sofá, le agarró una mano, decidido a conver-

tir la maldad de la muerte en una esperanza para otra vida: la suya. Le susurro al oído, viéndolo cerrar los ojos lentamente y entreabrir la boca, que le demostraría a él, allá donde se fuese, que él iba a ser alguien importante. Que a pesar de todo, conseguiría pasar por encima de sus diferencias y ganarse el respeto de todos, y la admiración de muchos.

“Te quiero mucho, viejito”, le dijo esta vez Heber a él, y salió de la casa para indicarle a la ambulancia por dónde entrar.

La tormenta, aún más embravecida que antes, vio estremecerse su cuerpo delgado junto a la verja de casa. Heber abrió un paraguas negro, mucho más grande que él mismo, y lo mantuvo apretado contra su pecho para que el aire no terminase por doblarlo. Encogió los hombros y apretó las piernas, y esperó unos minutos que le parecieron los más largos de toda su vida.

Quiso pensar que lo que le corría por la cara no eran lágrimas sino lluvia que le alcanzaba aún debajo del paraguas, y distinguió un destello subiendo por la carretera, naranja y rojo.

Levantó un brazo con rapidez.

El equipo médico lo apartó a un lado para entrar en la casa, y Heber se refugió detrás de la pila para no ver cómo se arrastraba la camilla por el cemento de la casa, ni cómo luchaban los médicos por sacarla a través de la verja con un cuerpo tan grande echado sobre ella. De un salto entraron en la ambulancia Ángela y sus tres hijas.

Cuando la casa se quedó en silencio y Heber se encontró solo, respiró lo más profundo que pudo y volvió a su cuarto. Retomó el libro que, apenas una hora antes, había cerrado de un golpe, y se sentó sobre la cama.

Estudió con la vehemencia de quien se juega algo importante, y para él así era. Preparó con ahínco y seriedad la presentación que le habían encargado hacer, como representante de su curso. Hablaría delante de toda la escuela del fin de una etapa, del paso de él y sus compañeros a un Bachiller que parecía venir cargado de promesas, y garabateó un discurso que luego corrigió varias veces, hasta estar seguro de que reflejaba exactamente lo que quería decir.

Se acostó invadido por una fuerte sensación de irrealidad y por los ecos de la casa vacía, y no pensó en Mauricio ni una sola vez hasta que por la mañana lo sacudió del sueño la mano de Ángela, pálida y exhausta, y le escuchó decir que su padre no volvería.

“Me voy a la escuela”, respondió él, y sus hermanas le vieron atravesar la verja de casa juzgándolo sin comprender, sin acertar a ver que irse a la escuela formaba parte de la intención que su hermano había susurrado a su padre cuando se acuclilló junto a él en el sofá, sin saber del todo si él lo estaría escuchando.

Terminó el discurso y casi sin poder llegar a su sitio, dejó escapar todas las lágrimas que tenía guardadas desde que la ambulancia se hubo perdido carretera abajo.



La vida que arrancó sin Mauricio convirtió a Heber en un adulto. Se habían acabado los miedos.

“Mamá, tengo que contarle algo”, le dijo un día a Ángela. Ella, que pelaba un aguacate con un cuchillo delgado, se detuvo y en el fondo de su corazón supo qué era lo que estaba a punto de escuchar.

“*Qué tienes*”, le respondió entonces, y se sentaron juntos en el sofá. “*No voy a ocultarme más*”, soltó Heber casi a borbotones, y añadió, “*soy homosexual y soy también tu hijo, tu hijo de siempre*”.

Ángela se tapó la cara con ambas manos. Heber ya no le temía al silbido del cinturón partiendo el aire y por eso estaba dispuesto a ser valiente y sincero. La vida de él tenía que significar mucho más que eso, y la gente debía comprenderlo. Él era mucho más que su condición sexual.

Su madre, la de los huevos picados y el chocolate caliente, permanecía sentada junto a él con una postura desconocida en su cuerpo, con una rigidez nueva. Como si guardase en su interior un temor inmanejable que no la dejase reconocer a su hijo. “*Qué va a decir mi familia*”, fue lo primero que dijo, cuando logró levantar la cabeza de nuevo. “*Y qué va a ser de ti*”, añadió a continuación.

Se agolparon en su mente las voces que, de comunidad en comunidad, relataban las atrocidades que se sucedían en los recovecos del centro de la ciudad. Recordó en apenas un segundo la violencia con que los pandilleros torturaban a los diferentes. Hacía apenas unos días, dos hombres vestidos de mujer habían sido salvajemente asesinados.

Se imaginó cómo se escucharía el desgarrar de la carne del cuello bajo la presión de un cuchillo, o cómo acudiría ella a recoger el cuerpo maltratado de su hijo, abandonado entre matorrales.

Le costó varias semanas de llantos ocultos contra la almohada darse cuenta de que, durante toda su vida, había luchado por proteger a sus hijos de lo que había más allá de la seguridad de la casa. Y entendió que en ese momento debía hacerlo más que nunca. Ella no lo dejaría de lado justo ahora, para que anduviese vagando por las calles y sin saber qué hacer. Decidió dejar de preguntarse qué había hecho mal en su vida con Heber.

Ella sabía que Heber guardaba algo grande, que podía llegar lejos, y por eso le pidió que, fuese como fuese su vida, se preocupase por mejorar su futuro y por superarse.

Con la muerte de Mauricio, los recursos económicos habían dejado de entrar en casa, y por eso Ángela, una mañana, se echó un jersey al hombro y salió a buscar empleo echando pupusas. Heber deseaba más que cualquier otra cosa estudiar Bachiller en el INFRAMEN, un instituto con gran conciencia social y donde él encontraba respuesta a sus intereses, en la rama de Apoyo Social y Ayuda Humanitaria. Y eso costaba dinero.

Por eso, cada una de las lecciones que aprendió en el instituto traía impregnada entre sus páginas el olor del fuego encendido, y de la masa de trigo dorándose sobre la plancha. Ángela llegaba a casa cada día con un paquetito de pupusas bien envuelto. Se frotaba los ojos en la ducha luchando por sacarse de dentro el humo denso que durante el día había inundado el espacio bajo sus párpados, y guardaba los tres dólares del día en un bote de cristal, en una balda de la cocina.

Para cuando Heber se graduó, los ojos de Ángela se habían debilitado tanto que apenas alcanzaba a leer el precio del paquete de arroz en el mercado. Acudió a la ceremonia de graduación con un vestido nuevo, granate y blanco, que ella misma se había cosido, de noche y a la luz de una bombilla vacilante, y aplaudió sintiéndose la madre más feliz de todas las que sonreían viendo a sus hijos.

Para entonces, su hijo se había convertido en un muchacho conocido en la Comunidad y fuera de ella. La dedicación de su esfuerzo apoyando a la Alcaldía del Municipio en el trabajo comunitario hizo que el INJUVE, Instituto Nacional para la Juventud, encontrase en él a una figura clave para contribuir al proceso de prevención social de la violencia que desarrollaba.

Cuando llegaron a hablar con él, Heber se mostró como el líder que era: dinámico, accesible, y con un amor infinito por su Comunidad. Su alma impetuosa encontró el molde desde el cual aportar a los demás, incidir en el bienestar de sus vecinos y volcar todas sus ganas de contribuir. Encontró en el proyecto PROJOVENES II, con su trabajo con la Comunidad y partiendo de la actividad en el propio municipio, el espacio que ansiaba para poder desarrollarse y se lanzó de lleno.

El proyecto ponía un esfuerzo especial en la prevención social de la violencia como modalidad centrada en los procesos y las relaciones sociales, y sus acciones se llevaban a cabo en el ámbito municipal, promoviendo la participación de la Comunidad en su conjunto. Buscarían la participación de los vecinos, las organizaciones sociales, pero también de las autoridades locales o municipales, que se convertirían en una pieza fundamental. Heber entendió la importancia de coordinar el trabajo del proyecto con la Alcaldía, para garantizar que lo conseguido a través del proyecto permaneciese desarrollándose mucho tiempo más.

No podía creerse que, siendo tan joven, alguien hubiese posado sus ojos en él y hubiese acertado a valorar su trabajo, su compromiso y su fuerza vital, más allá de la crítica sobre cómo era, cómo caminaba, o a quién decidía querer.

El reconocimiento de la beca de PROJOVENES II que lo ayudaría a convertirse en Facilitador en la Comunidad, compensaría de largo su sacrificio y le cubriría de la confianza que hasta ese momento le había costado encontrar. En ese nuevo papel se encargaría de apoyar las actividades del proyecto, de motivar e impulsar la participación de los vecinos y de promover nuevas iniciativas que pudiesen mejorar el día a día en la Comunidad.

Con el dinero de la beca, podría financiar sus gastos en las labores como Facilitador, y además, lo que consiguiese ahorrar de ese ingreso

le salvaría los ojos a Ángela. Podría dejar, al menos por un tiempo, de ir a echar pupusas envuelta en humo. Y, por primera vez en su vida, jugó con el destino y se atrevió a pensar que tal vez ir a la universidad sería posible. Tenía claro qué estudiaría si alguna vez pudiese asistir. Para ser el líder que él quería llegar a ser, se matricularía en Relaciones Internacionales, comprendería el mundo más allá de la colonia y con eso, invertiría en su país lo aprendido.

Llegó a casa más temprano que de costumbre, impaciente por contarle a Ángela que desde INJUVE habían decidido contar con él. Ella, que había escuchado hablar del proyecto a través de algunos vecinos y de la Junta Directiva de la Comunidad, se llevó las dos manos al pecho, igual que hacía cuando se reía con Heber, y lo abrazó muy fuerte, como si a través de sus brazos pudiese traer a ese momento a Mauricio, y enseñarle quién era su hijo.

“Medioambiente”, le dijo la técnico del INJUVE, “esa será tu rama”.

Y entonces recogió los papeles con un hambre de aprender descontrolado. Leyó el que sería su objetivo a partir de entonces: *“contribuir a la promoción de la educación ambiental garantizando la cohesión social, mitigación de riesgos, hábitos de vida saludables en zonas de intervención de los Centros Juveniles de INJUVE”.*

Y se entretuvo en revisar detenidamente las actividades que estaría encargado de promover en su Comunidad, haciéndolas llegar al máximo de vecinos posible, en su labor como Facilitador de Medioambiente: *“creación de ambientes saludables, ornamentación ambiental, ecología y medioambiente, saneamiento ambiental o promoción de hábitos higiénicos”.*

Heber no sabía mucho de medioambiente, conocía el nombre de apenas los palitos que tenían plantados en el patio, porque Ángela

se los había enseñado. Y las actividades de medioambiente que se habían llevado a cabo en la Comunidad anteriormente, se basaban en campañas de limpieza y recogida de basuras.

Se dio cuenta de que lo que tenía entre las manos era mucho más.

Anotó en su cuaderno hasta el último detalle de las capacitaciones que le dieron para que fuese formándose en el tema, y se puso la camiseta de INJUVE con un orgullo ilimitado: por lo que iba a hacer él a través de su beca, pero también por el objetivo que perseguiría a través del proyecto. Con la seguridad de saber que la participación activa de los jóvenes era muy efectiva en la implementación de proyectos, trasladarían a Heber, como facilitador del proyecto, la formación y las metodologías necesarias para que pudiese desempeñar su labor.

Comprobó con alegría que los propósitos en términos de prevención de violencia y convivencia ciudadana del INJUVE, coincidían con los aprendidos y perseguidos también a través de su trabajo en la Alcaldía. Por medio del proyecto podría dar continuidad a los temas que más le interesaban. Las intervenciones que llevaría a cabo, no solo serían apoyadas desde la Alcaldía, sino que ésta ya estaba comprometida con las técnicas e intervenciones en el ámbito local desde una visión de la prevención social. Así, cuando finalizase el proyecto, y las becas concluyesen, la municipalidad, junto a las organizaciones locales y las agrupaciones de jóvenes, podrían hacerse responsables de los procesos iniciados.

Y el medioambiente sería su herramienta. Desde el principio le gustó la metodología de PROJOVENES, muy participativa, y que animaba a sus colaboradores a aportar su experiencia y sus ideas para mejorar el proyecto. Llevarían a cabo el proceso de fortalecimiento institucional en el ámbito de la Comunidad a través de su trabajo y de organizaciones como las Asociaciones de Desarrollo Comunal, las llamadas ADESCO, las Juntas Directivas y los Comités Comunita-

rios. Este proceso se enfocaría en dar apoyo para modernizar y mejorar las capacidades de los organismos municipales, definiendo estructuras de gestión, diseñando nuevos procesos, capacitando al personal involucrado, o fortaleciendo las estrategias de comunicación.

Ángela descubrió el poder que tenía su hijo y que tanto había intuido. Su paso por el proyecto hizo que ella pudiese deshacer el nudo de su pensamiento y desenredar la madeja de preocupación que invadía su mente desde que Heber le habló de su identidad, por lo que pudiera pasarle, por lo que fuesen a pensar de él, por el rechazo palpable.

Se dio cuenta de que la gente con la que Heber empezaba a relacionarse, sin un ápice de vergüenza o de sumisión, era la misma gente que hasta hace poco le criticaba a escondidas, y le seguía con la mirada al verlo pasar. Empezó a ser mucho más que un excluido.

Heber se convirtió en el enlace a través del cual acercarse a muchos más jóvenes. *“¿No tienes miedo?”*, preguntaban algunas vecinas a Ángela, *“¿no temes que esto pueda hacerlo significarse tanto que se convierta en blanco de miradas más que nunca?”*

Y ella no lo tenía. Porque sabía que en su Comunidad, estructurada como estaba en base al liderazgo, no podía ser sino bueno que identificasen a su hijo como becario de INJUVE, como individuo en lucha por el mejoramiento de la Comunidad y su protección. Y aunque lo echase de menos todos y cada uno de los días en que se hacía de noche y él todavía no había vuelto de la reunión de becarios que había convocado, admiraba cada segundo que él dedicaba a esta labor.

Porque su hijo ya no se escondía. Porque cuando salía de casa con la camiseta del INJUVE puesta, alzaba la cabeza y saludaba a todo el mundo que se cruzaba con él.

Si uno le preguntase ahora a Heber qué es lo que ha cambiado en él su paso por el PROJOVENES II, respondería sin vacilar: “mi sentido de humanidad”. Se siente orgulloso de haber contribuido a que su Comunidad rompa las barreras de la apatía, de haber conseguido que a las actividades que programa acudan los jóvenes, pero también sus padres y sus abuelos. Y de haber participado de un proceso donde la Comunidad no ha sido mero receptor de los esfuerzos del proyecto, dando lugar a una situación de dependencia inactiva, sino protagonista de su propio desarrollo.

Ha llegado mucho más lejos de lo que uno podría esperar. No se ha limitado a su trabajo en PROJOVENES II sino que lo ha aprovechado, convirtiéndolo en una oportunidad de futuro desde la que emprender nuevas vías. Desde el proyecto se había fomentado la creación de organizaciones juveniles, y de mecanismos que facilitasen a los jóvenes la formación de redes. Heber, junto a otros miembros de la Comunidad ha fundado ASJA, la Asociación Juvenil Ambientalista. Trabajando en torno a unos objetivos comunes, esperan lograr hacer propuestas de cambio que sean beneficiosos para ellos mismos y la Comunidad.



Lleva dos días encerrado en casa, escribiendo el discurso de presentación de la Asociación, al público. Estructura el texto con una pasión febril, porque es consciente de la responsabilidad que tiene de hacer llegar, a través de sus palabras, la importancia de su objetivo. Quiere hacerlo bien porque estará presente, y en primera fila, su madre, aplaudiéndole como el recién nombrado Presidente de la Asociación.

En su discurso, contará cómo los componentes de trabajo en el eje Medioambiente del INJUVE han contribuido a mejorar las con-

diciones individuales y comunitarias de los jóvenes, elevando la autoestima y la imagen comunitaria, promoviendo la calidad de vida, los hábitos saludables, la participación juvenil y la organización a través de diferentes acciones ambientales. Hará un esfuerzo especial por resaltar que la sostenibilidad de los pasos que den, dependerá en gran medida de que las Alcaldías y las organizaciones comunitarias se apropien de ellos, para que, más allá de la vida del proyecto, los procesos iniciados permanezcan.

Cómo ha apostado él y apostará por los procesos de integración de todos los individuos en la vida comunitaria. Y lo gritará a través del micrófono como si fuera su propia vida la que está exponiendo, y cada uno de los sentimientos que han recorrido su piel durante tantos años. Sintién dose por primera vez libre de estigmas y reconocido.

Ángela se estremecerá en su silla escuchándole hablar, orgullosa como nunca de su hijo y feliz de ver quién es.

Feliz también de los derechos que representa.

Y cuando Heber termine de leer su discurso, tal vez no tenga una marea de lágrimas cerrándole la garganta, como la última vez que se enfrentó a un público para hacerse oír. Pero quizá, como aquella vez, su último pensamiento antes de sentarse, cuando levante un momento los ojos al cielo y sonría, sí sea para su padre.







MALENA, LA CHIQUITA

La Comunidad donde vive Malena ha sido golpeada durante años por la lucha entre maras. Siendo solo una niña. Malena conoció muy de cerca el miedo. Y la muerte.



Abril de 2013

En el fondo de los ojos de Malena se encuentra un pozo. Si uno se acerca y lo mira bien, distingue en su interior una amalgama de sentimientos entremezclados, y alrededor de ellos, ocupando casi todo el espacio, se puede palpar la tristeza. El color pardo de sus ojos consigue ocultarlo en parte, pero ahí está. Si se mira bien, se encuentra.

Malena tiene la cara redonda, y unos pómulos altos y prominentes. “*Qué moffetuda sos*”, le dicen sus amigos, y ella sonríe sin límite. Las pecas invaden lo alto de su nariz y el rostro entero, y siempre lleva recogido el cabello en un moñito bajo, a la altura de la nuca.

Es tan delgada que sus brazos parecen las ramas de un achote, y tan pequeña que de espaldas la gente la confunde con una niña, a pesar de haber cumplido ya los diecinueve. Camina siempre muy rápido, como si tuviese prisa por llegar a alguna parte, y se llena las zapatillas de polvo.

Ha sido siempre tan tímida que poca gente sabe lo maravillosamente bien que baila, el ritmo imparable que desde la cuna empapaba cada rincón de su cuerpo y que le hizo intentar levantarse sobre sus pies, incansable, y echar a andar cuando tenía menos de un año. Malena se escondía para bailar en su cuarto, siempre sola y frente a un espejo, pero con la música a todo volumen, haciendo ladrar a los perros fuera.

La Comunidad de Malena se yergue entre árboles y huertos. Es tan verde que uno puede sentir una brisa suave cuando la atraviesa, sorprendentemente fresca, mientras lo que hay alrededor se derrite bajo un sol ardiente. No se oye nada aparte del graznido de los zorzales.

Pero hace no muchos años este silencio de ahora estaba roto por el eco de la Mara 18.

“Allí”, explica Malena, “en el fondo de la colonia, donde está la cancha de fútbol de asfalto, se reunían”. Y señala con el dedo un espacio abierto que ahora está rodeado por llantas hundidas a medias en la arena, para delimitar el área de juego.

A uno le cuesta imaginar que en ese lugar, que parece un trocito arrancado de un paraíso verde, haya podido oírse alguna vez el rebote metálico de los casquillos de bala chocando contra el suelo.

“No pises la calle”, le han dicho a Malena una y otra vez a lo largo de su vida, “Ahí fuera no hay forma de protegerse”. Y ella lo sabe.

Sabe lo poquito que hace falta para que le trunquen la vida a uno.

Recuerda cientos de cargas policiales en mitad de la tarde, con el sol aún poniéndose en el horizonte, y la feroz huida de los pandilleros. Le parece estar ahora mismo escuchando las ruedas de sus coches

arañando la grava, el rugido del motor forzado para ganar velocidad en un segundo y partir la Comunidad por la mitad a su paso.

Y a su madre: recuerda sin esfuerzo a su madre agarrándola de un brazo para quitarla del medio del camino y meterla en la casa de un tirón.

En la Comunidad de Malena han estallado cruentas batallas. Porque alrededor de esta Comunidad, no es la 18 sino la Mara Salvatrucha la que ha dominado siempre, y es eso lo que ha convertido durante años a la colonia en un campo de batalla entre ambos grupos. La colonia de Malena es más bien una línea de fuego extendida por medio de las casas, que despliega el área de un campo abierto a las balas en los pasajes.

Algunas de las cosas que han visto los padres de Malena no las imaginaron a tiempo cuando, habiéndolo perdido todo en la guerra, llegaron allí. Las casas estaban recién levantadas y había ahuejotes y almendros diminutos plantados en las orillas del río. Una vida que arrancaba sin más.

Con Malena ya en camino, no tuvieron tiempo ni de casarse, y la madre se tuvo que conformar con acompañarse con él, guardándose la esperanza de llegar a convencerlo poco a poco de lo importante que sería arreglar un matrimonio para estar limpios ante Dios.

Diecinueve años después no ha logrado que él acceda. *“Bastante que me ocupé de ustedes”*, replica él cuando se atreven a sacarle el tema, y sale a trabajar con el ceño fruncido, y con una opresiva sensación de ahogo aplastándole el pecho, pensando que si volviese atrás quizá haría lo que algunos de sus amigos, dar media vuelta y negarse a admitir que ese bebé era suyo, ignorar las súplicas mudas de ella y seguir adelante con su vida.

Malena cree que solo Dios podría hacer desaparecer el mal humor de su padre y la fea costumbre que tiene de hablar con malas palabras, y por eso ella también quiere que sus padres se casen. Sabe que tal vez la vida no cambie mucho, pero al menos así su padre se sentiría obligado a acompañarlas todas las tardes a la Iglesia, y podría conocer a Dios allí.

Pero, mientras, no puede hacer mucho más que esperar y ser ella quien le rece a Dios por su padre, pidiéndole que lo cambie y que, al menos, deje de decir malas palabras cuando habla con ella. Confía en que Él lo hará, porque ya la ha escuchado otras veces. Hace años que su padre no la castiga con el cincho en alto, gracias a eso.



“*Dos coras de cigarrillos*”, escucha Malena a través de la ventana abierta de su casa. Y se acerca de un salto a atender a su primer cliente del día. Hace pocos meses instalaron en su casa una pequeña tienda. Contra la verja que separa su hogar del camino de entrada a la colonia, han colocado dos postes de boquitas, repletos de paquetitos plateados. Además, han apoyado en una pared un par de sacos, enormes y ásperos, llenos de arroz y de harina de maíz, y los han cubierto con una tela para que las moscas no se posen sobre ellos.

Los padres de Malena pensaron que esa sería una buena forma de conseguir algunos dólares más al mes, que les permitiesen dar a sus hijas pequeñas las oportunidades que no pudieron darle a Malena. Con un solo sueldo no era suficiente, pero el padre de Malena no terminaba de aceptar la posibilidad de que la madre trabajase. “*Quién va a encargarse de la casa, entonces, ¿eh?*” respondía indignado, y la madre se acostaba pensando en otra forma de conseguir más dinero

sin que tuviese que abandonar la casa, para no avergonzarlo delante de sus amigos.

Se les ocurrió lo de la tienda porque, con el tiempo y el aprendizaje, el padre de Malena había conseguido hacer más productivo el pedazo de tierra que compraron a varios kilómetros de la casa, y desde entonces, se pasa los fines de semana enteros cuidando de los cultivos de maíz, frijoles y ayote que siembra, para luego poder venderlos.

Después de un fin de semana completo fuera de casa, los lunes por la mañana el padre de Malena vuelve del terreno con un bolsón lleno de alimentos, y carga en el bus los sacos con los que se ve capaz de llegar hasta la casa. Bañado en sudor lo mete todo en la sala, y luego lo separan en bolsitas pequeñas, para poder venderlas durante el resto de la semana a los que se acercan a su tienda cada día.

La gente de la colonia ya no compra en otra parte. Vienen a cualquier hora y pasan las monedas a través de la ventana, que es la forma en que la madre de Malena les ha enseñado a atender a sus hijas, sin salir de la casa. Por eso, han colocado un banquito de madera con tres patas, y se suben encima para convertir la ventana de su casa en una especie de mostrador, y sacar los productos desde dentro. Así pueden mantener la tienda abierta mientras haya alguien en casa, y al final del mes, alguna vez el dinero incluso les da para irse de excursión al centro de San Salvador y tomar una horchata en una cafetería.

A esas salidas al centro el padre de Malena nunca va. Se queda en casa, echado en el sofá, y por un rato imagina que tiene una vida sin obligaciones. Malena, en el fondo de su alma, se alegra de la ausencia de él, que siempre está quejándose de las cosas que no le gustan. “*Es un malcriado*”, susurra sin atreverse del todo cuando le preguntan por él.

Malena siempre ha pensado que cuando se case, lo hará con un hombre completamente distinto a su padre. Y por eso, de entre todos los muchachos de la escuela, fue a fijarse hace dos años precisamente en Christian, que tiene un ánimo tranquilo y una forma de hablar suave y redondeada. Empezaron a salir en secreto, y a quedarse después de clase juntos, sentados en un bordillo, hablando de la vida y haciendo unos planes que aún les quedaban muy lejos.

Una de esas tardes infinitas en que casi les agarraba la noche ahí, sentados el uno junto al otro, fue a pararse una patrulla de policía frente a ellos, con el descontrol propio de quien pasa todo el día persiguiendo jóvenes, queriéndolos devolver a sus casas para evitar que se metan en problemas y les den más trabajo que de costumbre.

“*Qué hacen acá*”, les preguntaron, y Malena y Christian se pusieron de pie de un salto, atropellándose el uno al otro en las explicaciones, “*hemos salido de la escuela, solo estamos hablando*”.

A pesar de todo, con dos empujones mal dados los subieron en el coche patrulla y los llevaron al cuartel, desconfiados, temerosos de que fuera mentira lo que contaban y en realidad anduviesen allí esperando a ver qué pasaba, o tramando algo. Demasiado le había costado a la policía sacar los problemas de la colonia, tras años de dura pelea y muertos constantes, como para permitir nuevos brotes. Qué va, por ellos no quedaría, apresarían a todos los jóvenes de la Comunidad si fuera necesario, antes que volver a tener que mediar en un hurto a punta de pistola.

Tras aquello Christian tuvo que ir, dos semanas más tarde, a casa de Malena, a pedir oficialmente permiso para salir con ella, después de que sus padres los fuesen a buscar a la comisaría y se los encontrasen cogidos de la mano y sentados en una bancada.

Y le dieron el permiso a regañadientes, ellos que habían iniciado su noviazgo *bajo el agua*, para que no hiciesen lo mismo que ellos y se viesen a escondidas y en cualquier parte. Pero le pusieron una condición, que nunca se viesen en Apopa, donde vive él, y donde aún aparecen cuerpos vencidos sobre las aceras en las madrugadas rotas por las balas.

En la colonia de Malena ahora se sienten más seguros y tranquilos. Christian se acerca a visitarla todos los domingos, van a misa juntos y luego se quedan en casa hablando e imaginando un futuro para los dos. Cuando cae la tarde, y el calor es menos intenso, salen a jugar partidos de fútbol a la cancha y se despiden después en la parada del autobús que va camino de Apopa. Malena levanta la mano y le dice adiós hasta que la imagen de él, al otro lado del cristal, se pierde carretera abajo.

Malena vuelve a casa ansiando ya un domingo próximo, dando patadas a las piedrecitas que encuentra por el camino y se acuerda de cuando, no hace tanto, sus padres la hubieran prohibido incluso llegar sola hasta la parada del autobús, por miedo.

Mes de Julio de siete años atrás

Hace algunos años, Malena y su familia volvían de la Iglesia juntas y muy atentas, siempre en fila india: primero la madre, mirando a ambos lados antes de cruzar la carretera; después las hermanas pequeñas de Malena; y cerrando el grupo ella, vigilando que no se despistase ninguna. Desde lejos uno las veía avanzar y se le venía sin querer a la mente el vaivén de una fila de gallinas morenas y de patitas flacas.

Pero a veces, a pesar de todas las precauciones, no lograban esquivar la visión de la muerte.

En un segundo cualquiera, se detenía un coche en una orilla de la carretera, y se bajaba de un salto un joven desconocido. Casi sin mirarlo directamente, Malena lo sentía recorrer con ojos hambrientos las puertas de las casas, la entrada de la colonia, hasta dar con el joven al que venía buscando.

“Levántate la camiseta ya”, le decía cuando llegaba junto a él. Y aparecía una sombra de desafío en los ojos del otro al negarse. Entonces era cuando la madre de Malena apretaba el paso, mirando al suelo con la certeza de lo que iba a pasar, y apresuraba a las niñas, consciente como era de que a veces de ser testigo uno termina pasando a ser víctima.

“No me oíste”, repetía el recién llegado, y daba un paso adelante para apretar el cuerpo del otro contra la pared. *“Levántatela”*.

Cuando la camiseta se levanta ya no hay esperanza. En algún punto del pecho asoman tatuajes que delatan al joven. Esa tinta atravesada dolorosamente en la carne desencadena el resto, que tiene lugar en un silencio casi absoluto: el aire parece detenerse de pronto y convertirse en una manta plomiza, y la cara del joven se transforma en una máscara de niño. Y a continuación estallan de repente los insultos y los golpes, como una tormenta cruel e inesperada.

Es sorprendente lo extraño que suena el golpe de un puño que se estrella contra los huesos de la mandíbula, para quien nunca lo ha oído. Es un sonido compacto, hueco, como de carne pesada dejándose caer.

En el momento en que la madre de Malena respira el silencio que anticipa la violencia de la muerte, le queda el tiempo justo para volverse hacia sus hijas, estrecharlas contra sí y rodear sus rostros de ojos espantados con los brazos.

El perfil negro de la pistola brilla un segundo en el aire.

A la madre de Malena le tiemblan las manos. Es por miedo, pero también por la inmensa tristeza que siente al saber lo que sus hijas están a punto de presenciar. Es por saber lo mucho que van a cambiar sus vidas de niñas después de esto y lo abruptamente que dejarán atrás el mundo hasta entonces conocido por ellas, donde todo parecía bueno, donde una culata negra y una muerte a bocajarro no significaban nada.

Sin saber bien de dónde, surge apresurada la silueta de la madre del joven, gritando como una loca y sin entender del todo lo que pasa en la orilla de la carretera. El corazón le salta por los aires convertido en astillas al ver desplomarse el cuerpo de su hijo con un agujero en la frente, más parecido a un niño que a otra cosa, y rodar boca abajo a la canaleta.

Así, viéndolo desmadejado sobre la acera, parece imposible creer que haya sido lo que fue hasta este momento.

El coche del desconocido abandona el lugar con la misma velocidad con que llegó hace apenas unos minutos, con la pistola asomando por la ventanilla, caliente y pesada, y un rastro de muerte tras de sí. El rugido asesino del coche se pierde tras la última curva que traza la carretera y después llega otra vez el silencio teñido de rojo.

Los que huyen a toda velocidad, en el fondo no tienen miedo de la policía ni de nadie, porque saben que esa madre que besa el rostro empapado en sangre de su hijo no se atreverá a abrir la boca. Probablemente aguante todo un día con el cuerpo de su hijo en casa, mientras lo lava y le cambia la ropa, y le pone esa de los domingos que estaba sin usar en el armario y que nunca quería llevar.

Después, con la cabeza hundida entre las manos, esperará a que caiga la noche y vengan a ayudarla sus vecinos, callados también como ella, aguantándose la respiración incluso, y lo metan en el coche de uno de ellos, sin caja ni nada.

El entierro de ese chico durará menos de cinco minutos, y las paladas de tierra estarán alumbradas por la luz trémula de unas cuantas linternas. Se oirá el golpe sordo de la arena cayendo sobre el cuerpo, y a la madre le parecerá un ruido de semillas llenando un saco. No habrá sacerdote, ni una cruz de madera con un letrero arañado a punta de navaja. No habrá oración, ni habrá hijo, y no se volverá a hablar de esa muerte ni de quién la perpetró.

“*Se ha marchado*”, responderán a partir de entonces a cualquiera que pregunte dónde está ese hijo, o qué fue de él. Y se encogerán de hombros cuando pregunten, “*y cuándo regresará*”, por no decirles que *nunca*. El resto de vecinos de la colonia, al atravesarla de lado a lado para tomar el autobús, agachará la vista un momento cuando rodee, casi sin querer, la tierra removida en mitad del campo, y se imaginarán lo que pasó. Pero no dirán nada.

Malena no volverá a ser la misma. Cuando su madre se atreva a deshacer el nudo de sus brazos, en mitad de una carretera partida por el silencio y el olor a pólvora, descubrirá a una familia distinta. Se topará con los ojos pálidos y hundidos de sus hijas, con sus manos temblorosas y una curvatura de terror en sus labios. Malena se apartará un poco, lentamente, y se dará cuenta de que su hermana pequeña tiene los pantalones completamente empapados.

A pesar de todo, esa misma niña, que apenas roza los siete años, se sentará en un rincón en casa y comentará con Malena lo que ha pasado, y se señalará la frente con un dedo índice diminuto, para explicarle el lugar exacto en el que empezó a brotar la sangre.

“Aquí, Malena, justo aquí”, dirá. Y ella le bajará lentamente la mano y se la apretará un poco entre las suyas, intentando borrar con sus dedos la posición que acaban de dibujar los de la niña.

Pocos meses después

Carmen Rivera conoce a Malena desde que tenía solo doce años, cuando llegó a su Comunidad como promotora en el proyecto PROJOVENES I, descendiendo la empinada rampa de entrada, y se la encontró en la puerta de su casa, sentada en un rinconcito y con la mirada perdida, habiéndose reconstruido a sí misma con los pedazos de lo que vio aquel día y lo que siguió siendo su vida a partir de entonces.

Aún hoy, a pesar de los meses transcurridos, Malena dice que tiene un bichito dentro, una especie de cucaracha negra y resbalosa que le recorre el estómago, dando vueltas y cerrándole la entrada. Y que de vez en cuando, cuando recuerda aquello y le parece oír de nuevo el estallido final, y su piel reacciona tensándose, es como si ese animal que transita en su interior lentamente le pegase un mordisco por dentro.

Carmen Rivera se acercó a esa niña cabizbaja y menuda, para preguntarle dónde podía encontrar al referente de la Comunidad, y Malena desvió rápidamente la mirada, encogió los hombros y se metió en la casa.

La honda timidez de Malena hizo que el equipo de PROJOVENES I tuviera que ir a buscarla a casa para invitarla a participar en las actividades. Ella, entre balbuceos, echó a andar camino adelante para llegar a la Casa Comunal, vacilando aún y sin saber que su futuro estaría ligado al proyecto durante años.

Se sentaron a hablar con sus padres sobre el proyecto, para que entendieran que Malena podría encontrar en la Casa Comunal un

espacio donde realizar actividades, encontrarse con otros niños de la colonia, aprender y disfrutar de su tiempo en un entorno seguro. Durante unas horas al día, conseguirían animar a Malena a vencer su timidez y a conocer el mundo desde otro punto de vista.

“Malena la chiquita”, la llamaron desde entonces, viéndola moverse con ese esqueleto frágil y alborotado, y consiguieron hacerle brillar los ojos apuntándola a las clases de danza que impartían.

Además de eso, en los talleres de pintura artística y kárate, Carmen entró poco a poco en la vida de Malena, como si le estuvieran abriendo una puerta minúscula a través de la cual no estaba segura de querer mirar. Se encontró, en el interior de los ojos de Malena, con todo ese montón de cosas que lo rebasaban. Además de la tristeza eterna, y la duda de si en realidad vivir merecería la pena, estaba la rabia y el mal humor de su padre, los recuerdos del cinturón y los gritos, los disparos y el eco sordo de un cuerpo cayendo a una canaleta.

Pero lo que le gustó descubrir a Carmen en esos ojos fue lo demás, el pequeño conjunto de cosas que lograban salvar a Malena de su propia vida y que la empujaba a atravesar cada día la puerta de la Casa Comunal con una sonrisa nueva y un deseo recién estrenado: Malena quería bailar. Disfrutaba bailando en la soledad de su cuarto, y quería aprender, mejorar hasta poder luego enseñar a otros. Pero además, quería ir a la universidad, encontrar un trabajo y montar un negocio propio tal vez. Quería un montón de cosas que aún no había tenido, tenía un montón de sueños sin cumplir, un millón de anhelos.

Durante meses, Carmen acompañó a Malena, viéndola crecer poco a poco, y llevándola de la mano mientras ella ganaba la confianza suficiente para ir poniéndose en la primera fila en las represen-

taciones artísticas que hacían a los padres. Al principio, Malena se escondía detrás de los demás niños y daba pasos cortos siguiendo la música, aunque cualquiera que la hubiera mirado bien entonces, ya habría podido adivinar, viendo la vibración de sus manos y el movimiento contenido en sus tobillos, que había mucho más encerrado en ese pequeño cuerpo.

Poco tiempo después, Malena alzaba la mano en las clases cuando pedían un voluntario para hacer la demostración de un paso. Lo hacía mirando al suelo, mordiéndose la sonrisa en los labios, y se sentaba ruborizada hasta las orejas. Pero lo hacía. Al final, las clases de danza consiguieron que Malena ocupase el escenario entero con su frágil estructura, que elevase los brazos al cielo con soltura y cada vez con más fuerza.

Malena giraba una y otra vez sobre su propio cuerpo, tan decidida que el moño se le soltaba y desataba el cabello sobre su rostro sonriente. Giraba como si nunca hubiese existido dentro de ella el miedo a caerse.

Su madre aplaudía desde su silla de plástico, viéndola bailar mejor que a ninguna, y luego, al acabar la función y después de envolver a la niña en un largo abrazo, se acercaba a hablar con Carmen Rivera, y le decía, *“Yo lo que quiero es que Malenita haga historia”*. Así lo decía, con una mano en la base del cuello, justo donde se apoya el crucifijo de oro que siempre lleva, *“que se la recuerde en la Comunidad”*, y no dejaba de repetir que *“Malena nació para hacer algo grande”*.

Pero tendrían que pasar varios años para ver hasta qué punto Malena iba a ser capaz de cambiar su vida y de cambiarse a sí misma. Años más tarde, el INJUVE regresó a la comunidad de Malena, arrancando un PROJOVENES II en el que Malena no dudó un segundo en participar.

Verano de 2012

Esta vez Carmen Rivera volvió como Técnico Especialista en Educación, encargada de coordinar desde INJUVE el eje de Educación en el proyecto. Y se encontró a la misma *Malena chiquita*, aunque con dieciocho años, con su esqueleto frágil y sus ojos pardos, presentándose como voluntaria para participar en el proyecto.

“Quiero formar parte del proyecto que me enseñó tanto cuando era una niña”, le dijo cuando hubo anotado su nombre en la lista. *“Y quiero estar ahí”*, añadió, y señaló con decisión el espacio recién abierto en la Casa comunal, destinado a convertirse en Espacio Socioeducativo, para que los niños de la comunidad tuvieran un lugar en el que reunirse al salir de la escuela, donde recibir clases de refuerzo de sus materias y donde diseñar actividades de entretenimiento relacionadas con el eje de educación.

Carmen Rivera recogió el cuaderno donde se apuntaban los jóvenes, y dibujó una estrella al lado de su nombre. Quiso mirarla fijamente a los ojos, para descubrir en ellos la identidad intocable de la niña de la que se despidió hace años, y ver de qué estaban llenos ahora sus ojos. Una vez más, Malena le abrió las puertas de su vida.

“Venga aquí”, interrumpieron entonces a Carmen Rivera, tomándola de un brazo, *“hay alguien que quiere hablar con usted”*.

Y esos desconocidos la acompañaron a un extremo de la cancha de fútbol donde unos minutos antes Carmen explicaba a la Comunidad en qué consistía el proyecto. Ya en ese momento, entre frase y frase, había visto cómo la observaba un joven, agachado sobre sus piernas y con los ojos ocultos tras unas gafas de sol.

Carmen suponía quién era ese joven. Sabía que para poder llevar a cabo las intervenciones en prevención, debería tener muy en cuenta a las pandillas de las Comunidades donde fuese a trabajar. Su forma de actuar, el por qué de su permanencia en las colonias, y su influencia sobre la dinámica local, ayudarían a Carmen a entender sus relaciones con los vecinos, y la forma en que podrían reaccionar ante el proyecto. Su apertura hacia la realización de las actividades sociales y comunitarias sería decisiva.

Por un momento, Carmen se arrepintió de llevar puestas sus *Jungle*, las botas de campo con las que más cómoda se sentía, porque le hacían correr el riesgo de que los jóvenes pandilleros la confundiesen con un militar o un policía. Se las señaló nada más llegar junto al joven. “¿*Ya me oíste? Vengo de INJUVE*”, y sin saber muy bien por qué, levantó ambas manos, como si se estuviera defendiendo.

“*Soy el encargado de Deportes de la Comunidad*”, le dijo el muchacho, levantándose las gafas un momento, “*y quiero saber qué viene a hacer usted aquí en realidad*”.

Carmen Rivera no necesitó escucharlo más para saber que él mentía. Dedicó unos segundos a recorrer con su mirada al joven, mientras pensaba en cómo responder, y, casi sin poder creérselo, distinguió a través de la camisa medio abierta de él, el logotipo de PROJOVENES I en su camiseta. Una bocanada de aire la recorrió por dentro, aliviada: ese joven había conocido el proyecto, y eso ayudaría a que Carmen se identificase ante él.

Los minutos que siguieron a continuación le parecieron eternos. Le explicó, con todo el detalle que pudo, las labores que pensaban hacer en las distintas ramas, Educación, Medioambiente, Arte y cultura, Deportes... mientras él no dejaba de asentir.

“Quiero participar, y que mi familia participe”, dijo él al final, “y además te voy a decir la verdad de quién soy”.

Carmen Rivera ya lo sabía, o al menos creía saberlo porque uno termina, después de muchos años, por conocer sus formas de hablar y de hundir las manos en los bolsillos. Juan, conocido entre el grupo y los vecinos de la colonia como *Cuchillo*, era el jefe de la mara asentada en la Comunidad.

Esas piernas que lo sostenían eran las mismas que habían huido cientos de veces de la policía, con el arma aún humeante encerrada en el puño, y llevándose por delante cualquier obstáculo a su carrera. Esa boca que interrogaba ahora a Carmen, había pronunciado muchas veces, *“márchense de aquí de inmediato o no respondo por sus vidas”* justo antes de desenfundar su pistola. Era el mismo hombre que ahora quería empujar a su hijo a que se acercase al Espacio Socioeducativo, para encontrar allí a alguien que pudiese ayudarle con las tareas de la escuela mejor que él.

“Te voy a llamar Juan”, respondió Carmen, y sonriéndole a medias se marchó, con un latido desacompañado en el corazón.

PROJOVENES II había llegado a la Comunidad.

Cuando la Junta Directiva tuvo que proponer a alguien para convertirse en Facilitadora de Educación del proyecto, no tuvo ninguna duda. En la vida suceden cosas que no pueden discutirse. De vez en cuando, en un lugar, nace una persona que parece juntar dentro de sí un pedazo del resto, que simboliza las pequeñas vivencias de los vecinos, sus alegrías y sus momentos malos. Que representa *algo*, un algo con mayúsculas, aunque todavía sea una niña.

Malena era ese algo grande en la Comunidad.

Esa *Malena chiquita*, que en PROJOVENES II se olvidó de que quería ser aeromoza, y se imaginó trabajando en muchas otras cosas más.

Inició su trabajo como Facilitadora de Educación dando gracias por poder devolver a la Comunidad y al proyecto parte de lo que ella había podido disfrutar cuando era una niña. Se decidió ciegamente a poner sus manos al servicio de su colonia, y a entregar su corazón entero a su nueva labor. Arrancó las capacitaciones con una voluntad de hierro, decidida a aprender el máximo de lo que la enseñasen, para luego poder utilizarlo.

En esas formaciones, el proyecto esperaba crear capital humano en la Comunidad y conseguir que jóvenes como Malena, se convirtieran en agentes encargados de dar difusión a diversas herramientas de prevención, fortaleciendo así la cohesión social de las familias que la habitaban, su sentido de pertenencia, su identidad comunitaria. Las capacitaciones diseñadas pretendían transferir metodologías cuya puesta en marcha fuese fácil en cada actividad desarrollada, además de aportar los conocimientos básicos para los diferentes componentes. El arte, el deporte, la salud, la educación y las relaciones familiares se convertirían así en herramientas de transformación social.

La primera capacitación de INJUVE trató sobre cómo administrar el espacio socio-educativo. Codificar, ordenar e identificar los distintos materiales disponibles en el espacio, etiquetar... hizo que Malena se imaginase en el interior de una biblioteca construida en madera y repleta de estantes y libros, organizándolos por temática o por inicial de su autor. Cuando estaba casi decidida a terminar sus días encerrada entre páginas y anaqueles, asistió a la segunda capacitación, en técnicas de lecto-escritura.

Ahí encontró lo que de veras quería hacer. Malena se trasladó con su pensamiento a una escuela, a la misma edificada en su Comunidad, por ejemplo, donde ya conocería a los niños. Podría asumir el mundo de esos niños en un segundo, porque es el mundo al que ella pertenecía.

No le haría falta mucho para acercarse al interior de cada uno de ellos. Y podría hablarles de todas las cosas que le hubiera gustado escuchar a ella de niña. Lo tendría fácil, porque se le daban maravillosamente bien los Cuentacuentos: en los talleres del proyecto había aprendido a cambiar la voz, expresarse a través de gestos o a inventar accesorios para contar mejor las historias.

Empezó a encargarse del espacio socioeducativo. En los armarios del espacio guardaron materiales para que pudiesen desarrollar actividades. Pitos, pelucas y hulas-hulas para los juegos, libros de texto para el refuerzo escolar. Telas para coser disfraces.

“Escógeme, Malena”, le pedían sus compañeros en los talleres, queriendo siempre estar en su grupo. Porque, tal y como explicaban, Malena, en la contracción invisible de sus brazos delgados, y en sus pómulos altos y llenos de pecas, guardaba una fuerza inimaginable que los levantaba a todos, que los inundaba de una alegría incansable.

Los viernes en casa de Malena bullía el trabajo. Los padres se asomaban a ratos por detrás de la cortina para verla sentada en su mesa de estudio. Allí, con la cabeza agachada y la lapicera fuertemente sujeta, preparaba listas de las actividades que pensaba programar durante el mes siguiente.

Anotaba en una primera página todo lo que necesitaba para la pista jabonosa:

Unas carpetas plásticas grandes y de superficie lisa.
Champú para el cabello.
Un cubo de agua.
Algunas toallas secas, para los más pequeños.

Al lado hacía un boceto que le serviría de guía, y pintaba las siluetas de unos niños echándose a correr por la cancha de fútbol, para llegar con fuerza a tirarse a la lámina plástica y resbalar como un pez en el interior de un río. Malena sonreía mientras dibujaba, anticipándose a las risas de los niños.

En la siguiente página fijaba una fecha para sacar las piscinas hinchables del INJUVE, llenarlas en la cancha y que los niños jugaran como si tuvieran en la colonia un trocito de playa. Para las tardes familiares, se levantaba y revisaba en la caja de materiales que tuviese todo preparado: los yoyos, los costales para las carreras, los micrófonos falsos.

Pensaba invitar a las actividades al resto de la Comunidad, no solo a los niños. Así, ofrecería a los padres el espacio para compartir el tiempo con sus hijos. Aunque los principales beneficiarios de proyecto fueran los jóvenes, éstos no llevaban adelante sus vidas solos, sino en interacción con su entorno. Así, se convertía en esencial tener en cuenta, en cada intervención que hiciesen desde el proyecto, la relación que los muchachos tuviesen con sus familias, con su entorno social, y con el resto de la Comunidad.

Se acostaba con el reloj comiéndole las horas de sueño, lista para levantarse temprano y al día siguiente ir, casa por casa, tocando a las puertas, para recoger a los niños y organizarlos en una fila. Así caminaban, cogidos de la mano unos a otros, hasta haberlos recogido a todos, y entraban después en la Casa Comunal, para empezar las actividades.

Malena, ahora

La madre de Malena tenía un anhelo:

Que mi hija haga historia.

Que se la recuerde en la Comunidad.

Malena ha respondido de largo a ese deseo. Sigue teniendo unos ojos que lo muestran todo pero cuando uno se acerca a mirar dentro, encuentra orgullo por encima de la timidez, y satisfacción por encima del miedo. Uno la ve acercarse con el mismo esqueleto frágil y alborotado pero si se fija bien, percibe que las huellas que marca en el suelo al andar son mucho más profundas, más seguras, más fuertes.

Malena llega todas las tardes al espacio socioeducativo bañada en sudor, de tanto como corre para enlazar a tiempo los buses que la traen desde la Universidad Nacional, donde se matriculó hace apenas dos meses, a la colonia.

Entra en silencio para no interrumpir las actividades, y apoya en el rincón los libros de Educación Infantil que trae cargando. Es sorprendente escuchar cómo le gritan los niños al verla entrar, lo rápido que se levantan de las sillas para salir a abrazarla entre todos y cómo la escuchan después cuando ella pregunta qué tareas traen pendientes de la escuela.

La madre de Malena ya no tiene que esperar más, ni un año, ni un día, ni un minuto más.

Malena la chiquita, al regresar cada noche después de haber devuelto a su casa al último niño de la colonia, ya ha hecho historia.



Centro de Computo OIS

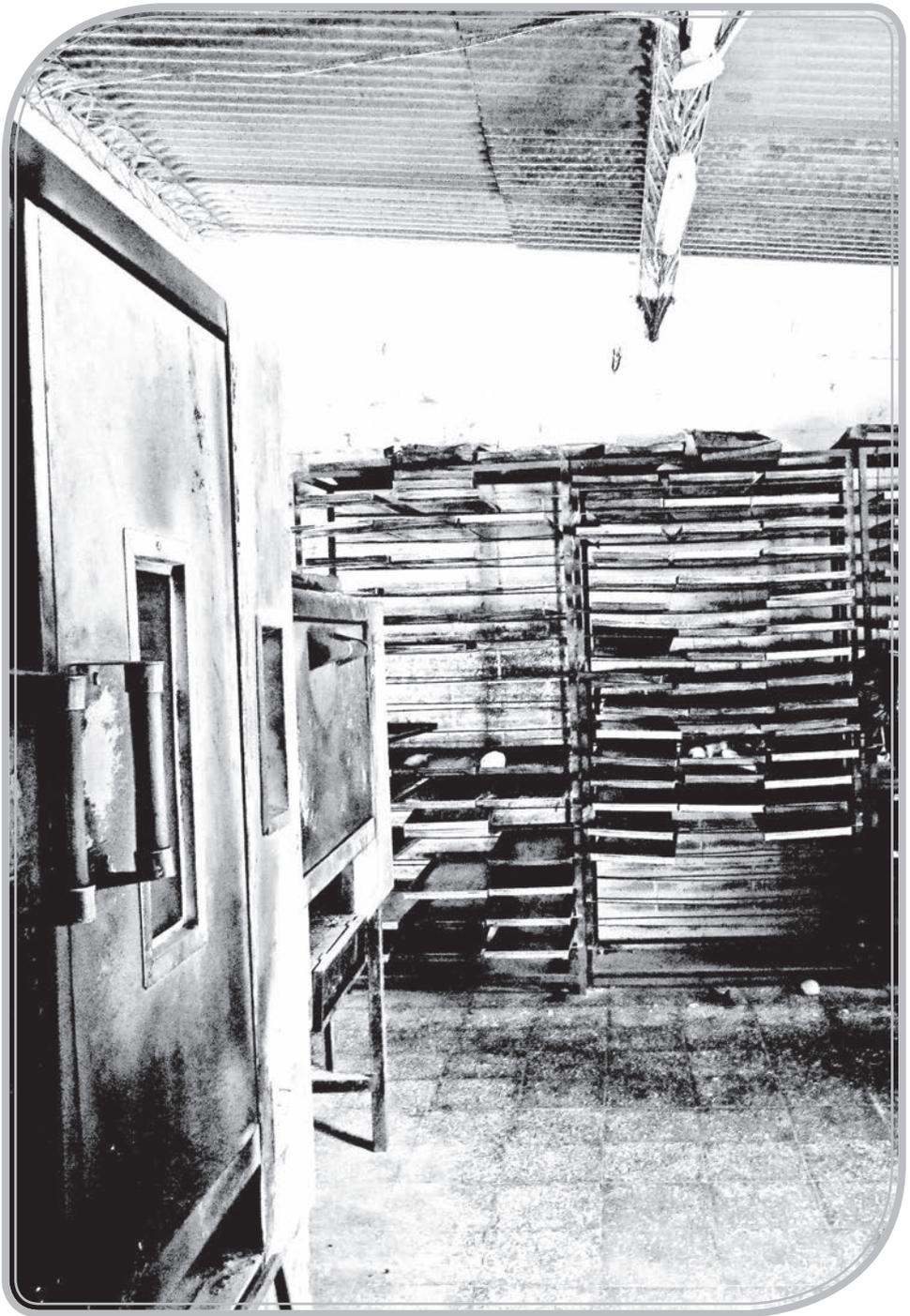


Proveyendo Oportunidades
para la Inclusion social



Luzmila INJUVE





CHEF HÉCTOR

Picar ajos y perejil, y añadir unas tiras de jengibre. Unir la salsa de soja e introducir las pechugas de pollo con la piel y enteras, el azúcar y mezclar. Tras una noche reposando, echar en sartén a fuego medio. Espesar la salsa con harina y servir.

Héctor aparca el *pick up* junto al bordillo. Viene conduciendo hasta aquí desde su casa, en una Comunidad al sur de San Salvador, y a una distancia de veinte minutos en coche. Es una zona tan caliente que a penas crecen árboles o plantas en las calles, y parece que todo estuviese inundado de arena. El sol hace brillar los minerales del suelo.

Se acerca a la parte trasera del coche y saca un tablero de madera grande y unas patas cerradas en caballete. Las carga a pulso hasta apoyarlas en el murete y se detiene un momento a decidir en qué punto exacto de la acera colocará la mesa.

Le pido que me cuente qué hace aquí hoy, qué está preparando, y en el fondo sé muy bien que lo que me cuente tendrá el origen en una historia de hace más de veinte años. La de sus padres:

“Llegaron a la Comunidad en el 87, al poco de casarse y tras ocho años siendo novios de manita, como ellos dicen.

Vinieron después del terremoto en el que perdieron lo que tenían, aunque no les guste recordar aquellos tiempos, ni el momento en que la tierra tembló y se elevó enfurecida para arrebatárselo todo. Llegaron casi con lo puesto, apenas tres o cuatro cosas en un par de maletas y nada más, sus manos preparadas para recomponer sus vidas de nuevo.

Aquí encontraron lo que buscaban, un terreno firme y un espacio que les ofrecía la posibilidad de volver a empezar. Perdieron una casa enorme, con un jardín amplísimo repleto de árboles frutales, y edificaron aquí un hogar recogido, levantado junto a una quebrada serpenteante.

Pero no lo habían perdido todo. Aún se tenían el uno al otro. Casi sin darse cuenta, la vida rodaba de nuevo, y las horas se les pasaban volando, a mi padre encerrado en la nube de calor de la panadería, y a mi madre en el taller de cajas y bolsas plásticas donde trabajaba de ilustradora. Ella es artista, una dibujante magnífica que decoró el salón de la casa llenando las paredes de mosaicos y flores.”

Héctor coloca la mesa aprovechando el trocito de sombra que arroja un árbol. Saca del asiento trasero del *pick up* un mantel de algodón blanco, liso y recién planchado, y cubre con él el tablero de madera.

Me gustaría que me hablase, y así se lo pido, de la dureza de empezar de cero. De los sentimientos que brotan y lo invaden a uno desde las plantas de unos pies que se apoyan de repente sobre tierra desconocida, hasta los ojos, que observan un paisaje irreconocible y nuevo:

“Lucharon, los dos, contra la inquietud invisible que los dominaba por no tener raíces en esa Comunidad, por la nostalgia de lo perdido.

Mi madre siempre ha sido la mitad fuerte, el pilar de la familia, el sostén de nuestras debilidades. Mi padre, bondadoso y sensible como un niño, no sabía manejar como ella la misma sensación de haber sido despojado de repente de todo.

Por eso, buscaba consuelo en la cantina, donde llegaba a olvidarse de lo que alguna vez fue su vida. Cuando quiso darse cuenta, ya no podía separarse de su fuente de sosiego, de su vía de escape de una realidad que partía de cero. Y cuando nació mi hermana, y cuando después nací yo, seguía sintiendo que su hogar estaba en otra parte, y por eso seguía dejando que lo alcanzase la noche con un vaso levantado frente a una barra.”

Con el mantel bien colocado sobre la mesa, saca del coche una bolsa llena de bandejas de aluminio, de esas que conservan el calor un ratito, y unas tapas de cartón para cubrirlas. Héctor coge un pañuelo que lleva hundido en el bolsillo y se lo pasa por la frente, para retirar el pesado sudor del mediodía.

Quiero que me cuente quién es exactamente su padre, cómo atraviesa la puerta de casa cuando se hace de noche y qué es lo que se encuentra dentro:

“El olvido provocado por el alcohol no convertía a mi padre en otra persona. Seguía siendo el mismo que había conocido a mi madre hacía doce años, el mismo que la hacía reír con sus imitaciones de los presentadores de la televisión y que admiraba sus dibujos por encima de todo. Cuidaba de nosotros con el mismo cariño que ella, aunque volviese borracho a casa prácticamente todos los días y mi madre le cerrase la puerta en la cara.

Él se encargaba, al terminar de trabajar, de ir a comprar las pupusas para la cena. Tres de maíz y tres de arroz. Tres de chicharrones y tres de queso. Se las envolvían en un paquetito de plástico y con ellas se iba a la cantina, y solo se levantaba de la mesa cuando caía la noche.

Para llegar a casa tenía que atravesar la quebrada, y en el invierno, cuando estaba tan crecida que el agua se comía las orillas terrosas, hundía las piernas en el cauce, y batallaba contra la corriente para poder cruzar. La fuerza del agua era tan brava a veces, que él no conseguía encontrar un punto fijo donde posar sus pies en el fondo, y mareado por el desequilibrio de la cerveza, terminaba por ser arrastrado río abajo.

Las ramas que llegaban hasta las aguas conseguían detenerlo, y aferrado a ellas sacaba su cuerpo alborotado del río, y tocaba con los nudillos en la puerta de casa, muy suavemente. Lili, decía, y mi madre entreabría la puerta para ver cómo llegaba.”

Mientras Héctor habla, no encuentro en su voz ni una brizna de rencor o de sufrimiento. Lo que se siente cuando uno lo escucha, es que a pesar de todo, el hogar construido de nuevas, el intenso trabajo, la dureza de la nostalgia impuesta, están envueltos en un sentimiento que convierte a su familia en una fortaleza.

A continuación, vuelca una vez más su cuerpo sobre la trasera del *pick up* y agarra con unos guantes gruesos los extremos de las bandejas de servir. Llegan calientes todavía, porque de casa las sacaron ardiendo, y en esas bandejas la comida aún mantendrá el calor un poco más, hasta que la gente vuelva a incorporarse al horario de la tarde en sus oficinas.

Me llena de curiosidad saber qué pasaba entonces, si su madre llegaba a abrir la puerta del todo y lo dejaba pasar, así que le pido que siga contándome:

“Mi madre se lo encontraba ahí parado, delante de la puerta, como un muñeco de feria, cubierto de lodo hasta las orejas y con las perneras del pantalón subidas hasta la rodilla. Se fijaba en su cabello empapado, en sus ojos vidriosos y en su mano morada de frío.

Mi padre le tendía la bolsita plástica con las pupusas. Para los niños, decía, y bajaba la mirada mientras mi madre aún dudaba de si debía dejarlo entrar.

Nosotros nos colábamos entre sus piernas para salir a la calle a darle un abrazo a mi padre, como si no sucediese nada. Así es como lo habíamos conocido siempre, justamente así, con ese aire abandonado y distraído que le hacía devolvernos el abrazo embadurnado de lodo y restos de hojas.

Si finalmente entraba en casa, se cambiaba de ropa, y se echaba a dormir en el colchón y a recuperar la compostura. Nosotros seguíamos adelante con nuestra vida, cenábamos y nos acostábamos arropados por las manos de mi madre.

Sin embargo, horas más tarde, si mi padre llegaba a despertarse, entraba con sigilo en nuestra habitación, y nos sacudía un poco para que saliésemos del sueño. Traía escondido a la espalda un libro de cuentos, y se sentaba en un lado de la cama para leernos alguno.

Era un padre desarreglado, tardío, confuso y desconcertador. Pero un padre, al fin y al cabo”.

La acera sobre la que ha dispuesto la mesa se llena de olores. La gente que pasea junto a este sitio vuelve la cabeza, animados por la curiosidad de saber qué contienen esas bandejas que dejan escapar hilos de vapor desde dentro. Héctor sonrío, casi sin poder llegar a creerse que su trabajo pueda hacer que la gente se detenga en su camino.

Se le ve orgulloso y tranquilo, y quiero preguntarle qué fue lo que hizo que la cocina le revolucionase el alma, ya desde pequeño:

“Fue la panadería, el negocio que montó mi padre en casa. Construyó unas estanterías de hojalata donde colocaba los sacos de harina, y las bolsas de ingredientes especiales para darle siempre un toque original al pan francés. Alquiló tres hornos, y con la misma responsabilidad con que no dejaba que el río le arrebataste de las manos la bolsa de pupusas para la cena, saltaba de la cama justo pasada la medianoche. Con el cansancio trasnochado y revuelto del alcohol pegado a las pestañas, empezaba a trastear en la panadería, a dar una limpieza a fondo a los hornos e ir hundiendo los puños en las primeras masas.

Con la primera hornada, el olor del pan caliente se extendía por toda la panadería, pero también por la casa, colándose por las rendijas de las puertas. Recorría los pasillos e inundaba los cuartos, y una vez allí, se demoraba en revolverse entre la ropa, en las sábanas, penetrar en sus fibras y hacer que nosotros nos despertásemos con el cuerpo oliendo a masa recién hecha también.

Así descubrí lo que me empujaba a querer ser cocinero.

La cocina tenía para mí el aire apasionante de aquello que aún no ha sido creado. Cuando veía la mesa despejada

y los ingredientes colocados, me sentía desafiado a verter en los recipientes todo aquello que yo pensaba que era el mundo. Me permitía empezar de nuevo cada día, borrar el pasado, asegurarme de que hay ciertas cosas en la vida que sí que estaban en mis manos, que dependían justamente del instante microscópico en que los dejaba caer para ser mezclados.

La cocina me entregaba la dicha de lo nuevo.”

Con una paleta, Héctor empieza a remover el plato que llena una de las bandejas. Tiene un aspecto exótico, y cuando le pregunto me cuenta que es una receta de pollo teriyakki que ha cocinado con soja y con tiras de jengibre, ese tubérculo tan ondulado y retorcido que parece ser producto de la imaginación. Maneja los instrumentos de cocina con una soltura prodigiosa, como si desde la cuna hubiesen sido esos los juguetes con los que él pasaba el tiempo entretenido.

Y es que es exactamente así:

“Crecí con unas ganas incontenibles de trabajar junto a mi padre, en esa mesa. Como no alcanzaba a asomarme por encima de su superficie, mi madre me colocaba un ladrillo grueso, y yo me subía encima. Usándolo como escalón le ayudaba a pasar el rodillo por encima de las masas.

Después, cuando cumplí los catorce años, empecé a salir a repartir. Escuchaba sonar el despertador a las 3 y media de la madrugada, cuando parecía imposible que hubiese algo de vida moviéndose fuera de casa. Pero sabía que mi padre ya habría preparado la harina, los huevos, los rodillos de amasar, las bandejas, y tendría limpios y precalentados los hornos.

En cuanto terminaba de desayunar cargaba en la bicicleta la primera hornada, y salía a encontrarme con el amanecer perezoso, para ir sirviendo el pan a los negocios de las colonias más cercanas.

Después de todo aquello no había otro destino para mí. Quizá mis sueños de futuro habían estado siempre tan impregnados por el olor del pan creciendo en el interior del horno, que ya no me los podía imaginar alejados del calor demolidor de un lugar donde la cocina nunca se detiene.”

Cocinar era lo único posible para él, pero quizá también el pan se le quedaba corto para todo lo que tenía Héctor en mente. Viéndolo aquí, aprovechando los últimos momentos antes de que llegue la gente para picar un poco de perejil bien finito y espolvorearlo por encima del pollo, no me cuesta imaginarlo adueñado del mando de la televisión en casa. Me cuenta que cambiaba de canal para saltar de uno donde enseñaban a partir un bogavante, a otro donde mostraban cómo hacer un postre de Navidad.

Abre la siguiente bandeja y se descubren, brillantes y apetitosos, los colores pálidos y rojos de una lasaña.

Quiero que me cuente dónde aprendió a concentrar sus esfuerzos en la cocina internacional. Por qué cree que es posible que la gente que se detenga delante del puesto, vaya a pedir que le empaqueten una porción de esa pasta en vez de unas pupusas, arroz y un pedazo de aguacate recién pelado.

“En el ITCA, una escuela especializada donde he estado acudiendo, día tras día, y durante un año, cubriendo un recorrido de dos horas de autobús, con mucho cuidado de enlazar a tiempo uno con otro.

Primero el 24. Después el 9. Y por último el 101.

Llegaba cada día a clase llevando encima el olor del pan, pero ya mezclado con el del aceite de los autobuses y el calor pegajoso. El ITCA fue uno de los institutos profesionales que firmó un acuerdo con el INJUVE para poder asistirnos en la formación a algunos jóvenes que accedimos a las becas de PROJOVENES II, en el área de Inserción Laboral.”

Lo cuenta como si haber llegado a estar presente en esas clases hubiese sido una jugada maestra del destino, una sucesión de hechos inesperados que consiguieron acercarlo hasta allí.

Héctor conocía el proyecto, y su familia también, llevaban años viéndolo trabajar en su Comunidad manejando, como malabaristas, el universo de factores que afectaban a la gente de las colonias: los vínculos sociales entre ellos, las actividades rutinarias de la Comunidad, las identidades personales de todas esas gentes, todo aquello que debía ser tenido en cuenta a la hora de llevar a cabo intervenciones con un carácter de prevención social.

El equipo de INJUVE también conocía a la familia de Héctor. Y lo conocían a él especialmente, y su amor por la cocina, impetuoso e inquebrantable. Acercándose un poco a la vida de la familia, se dieron cuenta de que tenían ante sí a una estructura sólida y unida, donde los padres habían logrado establecer relaciones de confianza y afecto con sus hijos, sin olvidar la importancia de actuar con autoridad y firmeza. Estaban seguros de que Héctor, con el apoyo de su familia, respondería.

“Mis vecinos sabían que quería ser cocinero porque hacía algunos meses me había lanzado a intentar convertir mi habilidad en un negocio, alentado desde el silencio por mi

padre, que despejó una mesa de trabajo de la panadería para que yo pudiese preparar los productos que iba a vender. Me dejó ese espacio para que cocinase pan con gallina, y envolvié- se después cada uno en un paquetito individual.

En la entrada de la panadería, justo encima de un escalón de cemento, iba colocando todos los panes, y se los ofrecía a cualquiera que viniese a comprar pan.

El aliento incansable solía venir siempre de mi padre, como parte de esa suavidad con que nos trataba y nos animaba a dar constantemente un paso adelante. Y con la inconsciencia también de un alma distraída como la suya que, a pesar del duro trabajo, no conseguía sujetarse a la realidad de la vida.

Mi madre, entonces, intentaba poner el punto de prudencia, y me recortaba las alas un poco para que tuviese cuidado. Pero mi padre se lo consentía solo un segundo. Después, se acercaba para apartarla de mi lado y me decía, en voz alta para que ella escuchase, no le hagas caso a la ogra, hijo, va a ir bien.

Y los dos sonreían.

Si vendí cuarenta panes de gallina antes de mediodía, fue gracias al equilibrio perfecto entre el arrebato instintivo de mi padre y la resistente sensatez de mi madre.”

Así fue como el INJUVE animó a Héctor a que rellenase una ficha para solicitar un puesto en una de las formaciones de cocina. El equipo de Inserción Laboral del proyecto se había encargado de acercarlo un pasito más al sueño que empezó a engrandecerse entre los hornos de la panadería, e hizo que cada mañana saliese de la cama con un ánimo nuevo.

Le pregunto qué encontró en el enfoque del proyecto, qué le hizo querer involucrarse:

“El enfoque de sus aspiraciones. El ánimo de apuntar alto, muy alto, mucho más alto de lo que uno tal vez podría llegar a alcanzar. El aire de superación infinita que traían las páginas de los cuadernos que nos entregaban. Su idea de que lo poco no es suficiente, y que lo mucho cuesta sudor conseguirlo. Uno de los Técnicos del proyecto me dijo, es bueno que uno quiera vender tomatitos en el mercado. Pero no saques una caja de veinte tomatitos al puesto. Monta un negocio de venta de tomate, ve al máximo. Ése ánimo de victoria.

También lo que se nos pedía a cambio: compromiso, responsabilidad y esfuerzo. La labor de nuestras manos, nuestra mente y nuestro corazón. En el camino ellos nos acompañarían, pero la idea de echar a andar era nuestra.”

La cocina fue una de las formaciones que detectaron como más interesantes para los jóvenes y con más futuro en El Salvador, en el estudio que hicieron antes de arrancar con las becas. Querían asegurarse de dar con la clave para conseguir llenar de motivación a algunos jóvenes e impulsarlos a construirse un futuro.

Héctor empezó a asistir a clase decidido a convertir esa oportunidad en su baza para el futuro:

“Me sentaba siempre en primera fila, aunque eso supusiese tener que levantarme un poco antes para acabar el reparto de pan sin retraso y tomar el 24 muy pronto. Así podía llegar a clase el primero y escoger sitio, una mesa que estuviese delante del todo, porque me gustaba percibir hasta el último detalle: el aspecto del agua burbujeante en

ebullición, el color tostado de la carne cocida o la textura del chocolate a punto de fundir.

Es la parte más importante, y es también lo que distingue a un buen chef de un cocinero cualquiera. Comprender las pompas de aire que hacen crecer y esponjarse a un bizcocho, o la abismal diferencia que supone cocinar una carne a una temperatura un solo grado más elevada de la cuenta.

Porque yo no quería ser cocinero. Yo quería ser chef. Comprarme una filipina blanca, abotonada hasta el cuello y con los puños vueltos. Cubrirme el cabello con una red y moldear con mis manos recetas salidas directamente de mi mente, de lo que mi cuerpo y mis dedos deseasen en cada momento.”

En la oscura negritud de sus ojos se transparenta esa decisión, esa firmeza que solo conquistan los que se apasionan por algo.

Son las doce del mediodía. El edificio del *Diario de Hoy* se eleva por encima de nuestras cabezas, con sus perfiles vidriosos y el bullir del trabajo en su interior. Decidió venir aquí para que, con un poco de suerte, la gente terminase identificando su puesto de comidas con un enclave concreto del centro de la ciudad.

Envidio la habilidad con que se mueve entre alimentos, platos, bandejas y utensilios, levantando algunas cubiertas de cartón a ratos, para asegurarse de que la comida tiene la temperatura exacta que debe tener para que, quien la pruebe, desee volver mañana a por otro plato.

Me cuenta que el INJUVE coordinó un sistema de prácticas para que los jóvenes como Héctor se lanzasen cuanto antes. Con esto, cubrían un doble objetivo: formar adecuadamente a los jóvenes a través de los proyectos y poner a su disposición un acceso efectivo a bolsas de empleo.

“Empecé las prácticas tres meses después de iniciar las clases teóricas. Las concertaba el INJUVE en función de nuestros gustos y de las destrezas demostradas en las clases en el ITCA. Entré en uno de los mejores restaurantes de San Salvador, y el primer día pasé cinco horas y media pelando camarones, uno tras otro. Les cortaba la cabeza, les arrancaba la cola, separaba las patitas arrugadas y descubría la piel del cuerpo enroscado. Uno, otro, y otro más. Cuando terminé de pelar tenía los dedos agarrotados y un delantal lleno de restos. Y salí de allí, envuelto en olor a mar, sintiéndome ya más cocinero que cuando entré.

En el restaurante pude practicar y mejorar mi técnica en todos los tipos de cocina que había aprendido con el INJUVE. Practiqué con una entrega y una conciencia absolutas.

Después, decidí hacer caso a la idea que venía rondando mi mente desde siempre, e intentar tener mi propio negocio. Escogí mis mejores platos, y diseñé unos menús completos, que llevé a que me los imprimiesen en una tienda de fotocopias.

Filete de res con salsa jalapeña para los lunes. Crema de frijoles y chipotle para los martes. Pollo empanizado y con hierbas para los miércoles. Arroz con chacalín para los jueves. Lonja empanizada para los viernes.

Y además de eso, introduje parte de lo que había aprendido en el curso de cocina internacional, con la ilusión de poder acercar a la gente de San Salvador un pedacito de otros lugares. Añadí paella valenciana, pollo teriyakki y lasaña boloñesa.

Mi padre me llevó en la furgoneta de un sitio a otro, para que pudiese entregar los menús en las empresas, las escuelas,

los centros sanitarios. Con mis datos de contacto abajo, mi nombre, Chef Héctor, y mi teléfono, para que pudiesen llamarme y hacerme sus encargos.”

Son las doce y cuarto. Es la hora de comer, la hora decisiva en que Héctor podrá ponerse a prueba a sí mismo. Lo veo nervioso, mirando a un lado y otro de la carretera, como si estuviera esperando a alguien.

“Mi ayudante”, me dice cuando le pregunto.

Y casi sin que pueda terminar la frase, rodea la esquina la furgoneta de reparto de la panadería, tocando la bocina para tranquilizarlo, para que sepa que ha llegado a tiempo, que ya está aquí. Su padre se baja de un salto, con la frente llena de sudor, y las mangas de la camisa remangadas. Viene corriendo después de atender a los últimos clientes de la panadería, con el delantal hecho un ovillo y metido en un bolsillo del pantalón.

Saca del asiento de copiloto una camisa blanca, que traía colgada en una perchita de la ventanilla del coche, para que no se arrugase. Se cambia de ropa ahí mismo, con cuidado de no rozarse contra la carrocería y manchar de grasa la camisa sin querer. Después, se pasa ambas manos por el pelo, abriéndose una raya al lado, y se lo moja con un poco de agua que trae en una botella, para que quede bien peinado.

“¿Qué tal estoy?”, pregunta, y Héctor se echa a reír mientras saca de una bolsa la filipina blanca del proyecto. Le queda tan bien que uno siente de repente la necesidad inconsciente de empezar a llamarlo *chef*. Ata los botones hasta arriba, a pesar del calor, y se coloca junto a su padre y junto al puesto.

“Yo me encargo de cobrar, solamente de eso, para que los clientes vean que no tocan el dinero las mismas manos que

sirven la comida. Por eso, primero mi padre los atiende, que siempre se le ha dado bien ganarse a la gente en un segundo, y luego yo les cobro lo que han comprado y les entrego la bebida”.

Me cuenta que en las formaciones recibidas no sólo aprendió a mezclar ingredientes y a programar el calor del horno a la medida justa. Sino todo el universo de complicaciones que rodea a la cocina. Las técnicas para atender a los clientes, las normas básicas de higiene y de presentación que marcarían la diferencia entre otros cocineros y él. Salir de las prácticas con ese camino recorrido hizo que pudiese sentirse preparado para llamarse chef y afrontar las miradas dubitativas de los transeúntes.

No puedo evitar preguntarme si será suficiente esta mesa de madera, estas cuatro patitas y las bandejas posadas encima, para generar ingresos.

“Estamos en el momento del despegue y yo tengo paciencia. Los primeros pasos suponen invertir, esfuerzo y dinero, en la medida que el negocio lo necesite. Este puestecito junto al Diario es solo el primer paso. En el tiempo que llevo colocándome aquí, he conseguido que mucha gente me conozca y que cada vez más personas, cuando se acerca el mediodía, den la vuelta al edificio para encontrarme aquí. Ayer mismo obtuve un beneficio neto de casi treinta dólares.

Y he empezado a presentarme como candidato para ser contratado en el servicio de cocina de varias empresas. Para ser yo, junto a un equipo, quien elabore los menús y dé de comer al personal trabajador”.

El beneficio obtenido por Héctor me hace verlo, colocado con orgullo y precisión junto a esa mesita pequeña, y enfundado en su filipina blanca, como un auténtico triunfador. Un profesional completo.

Sin darnos apenas cuenta, han llegado al puesto un grupo de siete personas. Todas preguntan qué contienen las bandejas, y Héctor me pide silencio. Ahora es él quien debe intervenir. Se acerca al grupo y, colocándose junto a su padre, abre las manos para explicar, uno a uno los platos, con todo lujo de detalles.

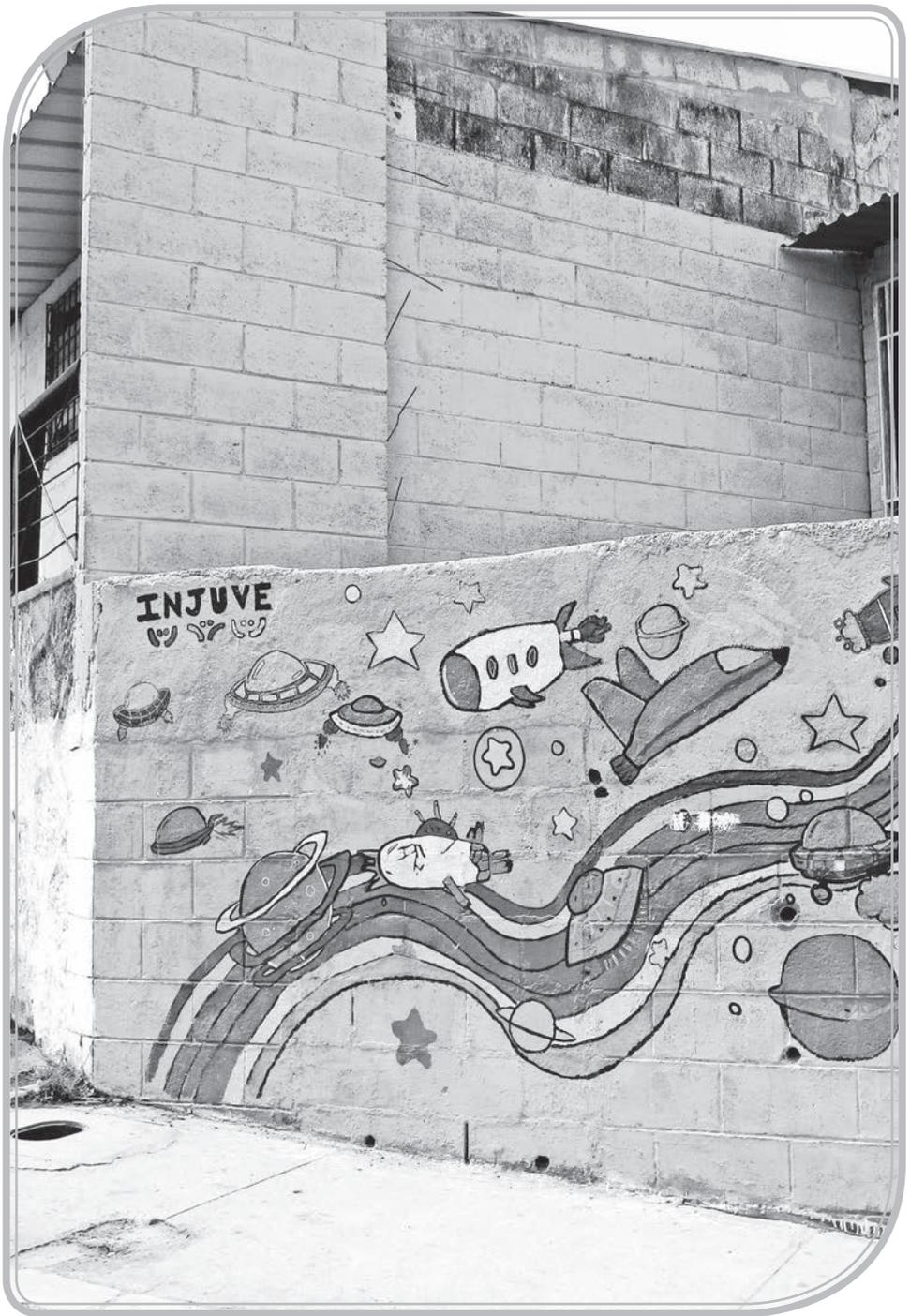
“El truco para que la lasaña tenga un sabor especial, es cocinar la masa con hierbas aromáticas, eneldo, albahaca, laurel. Y esto que ven aquí es pollo teriyakki. El nombre viene de la técnica de cocción japonesa que se utiliza. Teri hace referencia al brillo que le da la salsa, y yakki a la forma de asar la carne”.

Llegan al grupo cinco personas más. Me cuesta distinguir a Héctor entre todos ellos aunque le escucho hablar y en su tono distingo una sonrisa brillante. Comienzo a alejarme, y cuando veo que se abre un pequeño hueco a través del cual me está mirando, levanto una mano en el aire.

“Adiós, Chef Héctor”, le digo. “Muy buena suerte”.







VEINTICUATRO BALAS

*Eliminar las sombras de la duda, es la elección.
Caminar hacia el rincón, o hacia la puerta,
lo cambiaría todo.*

Sebastián perdió a su hermano en una balacera.

Por error, sin que tuviese que haber pasado, sin culpa y sin remedio lo perdió. Lo vio por última vez saliendo de casa para encontrarse en mitad de una batalla que no le correspondía y en la que no debió haberse visto envuelto. No era la primera vez que en la Comunidad sucedía algo así; hechos como ése eran parte de la vida de todos. El asesinato. El robo. La firme conciencia de que salir de casa de por sí constituía un peligro.

Por eso quizá hiciese falta que la muerte le acariciase a uno tan de cerca, para despertar del letargo resignado de la costumbre. Para entender la crueldad y la aspereza que ofrece el aspecto de la sangre lamiendo las aceras.

Todavía hay gente en la Comunidad que cree que el hermano de Sebastián estaba metido en algo. Es fácil comprender que es el miedo el que habla por ellos. Porque aterroriza mucho más pensar

que ese hermano era un hermano normal, como los que tienen o son ellos mismos, y que a pesar de eso también acabó abatido en mitad de la colonia.

Pensar eso convierte a todos los demás vecinos en individuos vulnerables ante las balas, en posibles víctimas inocentes en el futuro. Y con un pensamiento así es muy difícil vivir.

Es mucho más sencillo y falsamente protector pensar que el hermano de Sebastián movía alguna droga por la Comunidad y por eso terminó atravesado por veinticuatro balazos.

Tres en el cráneo.

Siete en el pecho.

Y los catorce restantes en la masa de carne destruida que acabaron siendo sus piernas.

Cuando la policía vino a levantar el cadáver, no sabía bien ni cómo cogerlo.

Para entonces, la mara invasora había huido hacia casi treinta minutos. Habían llegado encaramados a coches que podrían haber sido los de cualquiera, y sin embargo, desde lejos ya se distinguía que entre el caucho de las ruedas traían una tragedia escondida.

Habían entrado en la Comunidad quién sabe para qué, si persiguiendo a alguien, huyendo de alguien, o decididos a amenazar a los miembros de la *Salvatrucha*, la Mara que dominaba la Comunidad de Sebastián. O quizá habían venido simplemente con ganas de llevarse alguna vida por delante, la de cualquiera, para seguir sintiéndose vivos. Fuertes. Dueños y dominadores. Dioses.

Los disparos habían comenzado ya desde el coche en marcha, primero al aire, y después a las puertas de las casas. Sin un objetivo fijo, como quien va de caza y abre mucho los ojos, atento a ver moverse un puñado de hierbas allí delante y descargar la fuerza asesina del arma contra ese rincón.

En ese momento, en la plaza principal de la Comunidad había mucha gente. Los más rápidos ni siquiera necesitaron esperar a ver qué pasaba a continuación, en cuanto vieron llegar los coches se echaron a correr despavoridos hacia sus casas.

Huían solamente por si acaso.

Sin embargo, los que tardaron un poco más en reaccionar, o estaban distraídos, no tuvieron tiempo apenas para alzar las cabezas y fruncir las cejas preguntándose quiénes serían esos que entraban. El hermano de Sebastián era un joven tranquilo, un poco suspendido en el tiempo quizá, con una media sonrisa fijada en los labios, que caminaba lentamente como si disfrutase de cada metro de tierra que recorría.

Él fue de los que levantaron la cabeza un poco tarde.

El único consuelo que le queda a Sebastián es éste. Precisamente eso, que su hermano se diese cuenta demasiado tarde de lo que estaba pasando. Que alcanzase a entender tan solo una ínfima parte de lo que sucedía, y lo hiciese cuando ya tuviese atravesada una bala en el cerebro, porque entonces la aceptación de la muerte habría sido fugaz y definitiva, y casi no habría tenido tiempo de sentir el dolor y el abandono de desplomarse en mitad de la calle.

Todos esos sentimientos destructores y duros como rocas, se los quedarían los demás, los que se veían obligados a continuar con sus vidas despedazadas. Sebastián, su padre y su madre. Ellos se apoderarían de

todo aquello que su hermano no tuvo tiempo de sentir, y tratarían de vivir su vida acarreado ese peso insoportable sobre la espalda.

Como lo harían también las otras familias que perdieron padres, hermanas, hijos e hijas en la misma balacera que se cobró once víctimas, además del hermano de Sebastián.

No había droga en las manos de esas víctimas. Y nunca la había habido.

Estaban allí y pagaron ese instante de sí mismos entregando sus vidas normales a unos desconocidos que no sabían ni sus nombres.

Y ya está. No hay nada más. No hay remedio, ni forma de hacer que el tiempo camine hacia atrás solo por un rato, hasta que vuelvan a ser cuarto para las cinco, y esas doce personas que salían a la calle se lo piensen un minuto más.

Sebastián, con dieciséis años y el alma rota, dejó que su cuerpo se invadiese de ira. De rabia y de dolor. De violencia. O tal vez no pudo evitar que lo llenasen por dentro, como una marea suave y negra que comienza a subir poco a poco. Dejó que lo recorriesen de abajo hacia arriba hasta formar parte de él más que él mismo, más que lo que había sido hasta entonces. Y por eso, casi de un día para otro, creyó ver en la violencia una forma de defensa legítima y necesaria.

Pensó, después de lo que había visto, que la vida era una siniestra dualidad. Solamente eso. La vida era simplemente escoger entre matar o morir.

Y que para evitar morir era mejor formar parte de los que matan.

La vida en la Comunidad continuó, renqueante, después de aquello. Al principio, sus padres metieron en un marco de madera la foto del hijo perdido, y lo colocaban encima de la mesa cuando iban a

comer. No querían despegarse de ese chico arrebatado de golpe; no podían hacerlo con la radicalidad que hizo que en un momento lo tuvieran en casa y al instante siguiente ya no.

Pero pronto todos se dieron cuenta de que la muerte del hermano de Sebastián había hecho saltar por los aires a la familia entera.

Era como si esa muerte hubiese sido una bomba colocada en mitad del salón, que al estallar, hubiera hecho desaparecer de un soplido el suelo bajo sus pies. Ellos tres, padre, madre e hijo, se quedaron un momento suspendidos en el aire, atónitos mientras empezaban a entender que en la nueva vida ya no serían cuatro. Que nunca más lo serían. Y después cayeron, con todo el peso de sus cuerpos derrumbados. No pudieron asumir el mundo que venía tras eso.

La madre de Sebastián se encerró en un cuarto, y cuando quisieron ir a buscarla para darle consuelo y animarla a salir, se la encontraron hecha un ovillo sobre la cama, enredada en su propio cuerpo menudo, como si fuese un bebé. Sin decir una palabra. Sin apenas moverse, con los ojos tristes y la boca quieta. Como si la hubiese venido a golpear a ella también una nueva forma de muerte.

El padre de Sebastián la miraba sin reconocerla. Entendía su dolor, pero no podía soportar su forma de afrontarlo. La rabia que acumulaba por la muerte de su hijo, la sacaba con ella. La sacudía por los hombros, le hablaba apretando los dientes, la mandíbula, deseando que le diera motivos para poder culparla de la muerte del chico y así intentar aguantar la carga incomprensible de su ausencia, sacándose la él de dentro. Entregándose a ella.

Peleaban con la cólera incontenible de quién no sabe del todo quién es su enemigo, pero necesita encontrar a uno. No tenían a nadie más cerca que ellos mismos para terminar de destrozarse sus vidas.

No tenían dinero, no tenían nada, y apenas conseguían llegar a fin de mes con un par de güisquiles en un estante y un puñado de arroz para todos.

El padre de Sebastián tenía un puesto al borde de la carretera. Era una carretilla con ruedas y una plancha de aluminio en lo alto, bajo la que resguardarse del calor o de las lluvias repentinas. Vendía cocos, pollos, algunas verduras. Tenía también una refrigeradora pequeña, y un balde de chocolate caliente, para poder vender chocobananos.

Aunque después de lo que pasó, dejó abandonado el chocolate, y los granitos de azúcar de colores. No metió ningún banano más en la refrigeradora, para embadurnarlo después de chocolate y convertirlo en un helado de palo. Los chocobabanos eran el postre favorito del hermano de Sebastián. Y además, su aspecto brillante, frío y repleto de colores de azúcar, lo convertía en postre de gente que era feliz.

Y ellos ya no lo eran.

El padre de Sebastián trabajaba desde que salía el sol, aunque apenas fuese a vender un par de piezas. Pero aguantaba hasta que el sueño lo doblaba y no le quedaba otro remedio que volver a casa y encontrarse con esa esposa que se había convertido en una marioneta triste; en un niño de cuna. En un fantasma.

Sebastián estaba solo todo el día. Con su madre encerrada en el cuarto y su padre fuera, masticaba su dolor y su furia a solas, confundiendo lo que había pasado con la vida en general, la única posible, la verdadera vida. Necesitaba hablar de lo que había sucedido, llorar en compañía y maldecir en voz alta. Habría necesitado encontrar en sus padres la calma y el sosiego que hubieran aplacado su ira, que habrían podido salvarlo de sí mismo.

Pero ellos no estaban. Era como si su familia entera hubiese muerto de golpe.

Transcurrieron meses en que Sebastián se dedicó a vagar por las calles sin rumbo, buscando respuestas. Perdía días enteros sentado en un bordillo cualquiera de la calle, ensuciándose los pantalones con el barro tras las lluvias. Daba igual que fuese invierno o verano, que sus compañeros de escuela fuesen a estudiar al Instituto o no. Él no tenía a dónde ir.

Salía de casa en cuanto el eco de su voz contra las paredes lo agobiaba por completo, en cuanto la presencia de su madre sentada, como un gatito quieto en el sofá, le empañaba la vista.

Recorría la Comunidad de un lado a otro, con los ojos entrecerrados de desesperación y los labios apretados. Cuando el hambre retorció su estómago, prefería acercarse a un puesto cualquiera de la calle y arrebatarle al dueño aquello que le apeteciese comer. Se daba media vuelta seguro de que no le dirían nada. No sentía que estuviera haciendo algo malo. Creía que la vida era eso.

Matar o morir.

Deambulaba con los pantalones anchos y caídos, y con las zapatillas cubiertas de barro. Recorría una Comunidad que él sentía repleta de cosas negativas y que sin embargo, no le ofrecía oportunidades positivas. Caminaba con una rigidez en los hombros que fácilmente podía confundirse con el aire dominador de los tiranos.

De pronto, los vecinos comenzaban a mirarlo con el respeto resignado y temeroso con que miraban a los pandilleros.

El padre de Sebastián conocía de sobra a los mareros de la Comunidad. Los conocía porque los había visto nacer, corretear torpemente cerca de

la puerta de su casa, gritar al aire sus primeras palabras. Había escuchado, después, las discusiones dentro de las casas de estos niños, los platos estallando contra las paredes, los insultos. También los había visto juntarse y salir a pasear por la Comunidad durante horas en que evitaban por todos los medios volver a sus casas. Atravesar con descaro las puertas de la cantina para arrugar la cara por el golpe del whisky en sus gargantas de niño.

Y después los había visto transformarse en personas nuevas que poco tenían que ver con las que fueron. Los conocía bien, y dentro de sí no podía evitar guardar para ellos, y sobre todo para sus padres, el respeto al recuerdo de lo que fueron. Pero ese sentimiento quedaba empañado por un miedo mudo y reptante a lo que eran ahora.

Caminaban por la Comunidad a sus anchas, con la libertad de sentirse los protectores de la gente, y con derecho de pedirles algo a cambio.

Él intentaba resistirse como podía a las extorsiones a las que lo sometían. Verse débil ante esos jóvenes lo destrozaba, pero no tenía otro remedio si quería intentar vivir en paz. Por eso, cuando una pandilla pasaba cerca de su puesto, era él mismo quién se adelantaba a la llamada de atención de los chicos. Les ofrecía una fruta, una bolsita de hortalizas, un coco fresquito, antes de que se lo pidiesen. Era la única forma de evitar que le exigiesen dinero.

El padre de Sebastián siempre había insistido en que tanto él como su hermano, respondiesen con un saludo respetuoso a los pandilleros que al pasar junto a ellos, les dirigiesen la palabra. Les había entregado ese consejo como escudo de protección, como si eso pudiese evitar que se metiesen en problemas, manteniendo una paz fingida, que no sentían.

Sin embargo, ahora, Sebastián respondía a ese saludo de los pandilleros, incluso delante de su padre, con un aire que iba mucho más allá del respeto: parecía provenir directamente de la comprensión, la

simpatía y la confianza.

Y es que Sebastián empezó a ver a esos mismos chicos a los que su padre le obligaba a saludar cuando pasaban, de una forma diferente. Sin darse apenas cuenta, comenzó a legitimar sus puños encañonando, y la desvergüenza con que demandaban o robaban. Empezó a identificarse con ellos casi sin querer, porque vagaban por las calles sin hacer nada también, porque comían cuando tenían hambre y volvían a casa cuando se hartaban de patear los pasajes.

No se veía tan diferente a ellos como antes. A fin de cuentas, esos chicos habían sido niños al mismo tiempo que él y con algunos incluso había compartido pupitre en la escuela. Ahora él, en el desamparo de su soledad, se sentía más próximo a ellos que a cualquier otro ser humano.

Si la vida era lo que él había visto en la balacera, entonces esos jóvenes estaban en el bando correcto.

Una tarde de vagabundeo, Sebastián se acercó a la cantina para buscarlos allí. Se sentó en la barra y ordenó una cerveza fría, mientras escuchaba a un grupo de jóvenes mareros divertirse unos metros más allá. Era la primera cerveza que probaba, y no pudo evitar fruncir los labios y guiñar los ojos ante el golpe amargo que le recorrió por dentro.

Ellos lo vieron, y desde su rincón le gritaron, “*Vén para acá que te vamos a enseñar a beber*”.

Ése era el momento. Cuando uno habla de encrucijadas de la vida, se refiere a momentos así, como éste. O sobre todo a éste, donde tomar un camino u otro iba a determinar irremediabilmente el futuro.

Levantarse de la silla y caminar hacia el rincón, o hacia la puerta, iban a cambiarlo todo.



PROJOVENES II irrumpió en la Comunidad de Sebastián siendo muy consciente de la vulnerabilidad con que iba a encontrarse.

El equipo de PROJOVENES sabía que muchos de los jóvenes con los que fuesen a hablar, integrarían en su esqueleto la fragilidad de sentirse indefensos ante la vida. Llevaban consigo el riesgo de la precariedad en sus hogares y la falta de oportunidades. Estas trazas invisibles de exclusión social iban a venir de la mano de diversas formas de expresión de violencia. Se retroalimentaban.

Sabían que esos elementos acercaban a los jóvenes al borde del precipicio. Sebastián, por ausencia de sus padres en su vida, por la violencia atravesada en su carne, la muerte y el dolor, y por su día a día errante por la Comunidad, se había convertido en un muchacho indefenso. Por eso, se arriesgaba a terminar buscando en las pandillas un espacio donde ser escuchado, donde huir de la triste realidad de su vida, y tal vez donde conseguir recursos económicos.

En un intento de intervenir en las dinámicas sociales en las que se insertaban los jóvenes de la Comunidad, el proyecto llegaba con muchos propósitos. Entre ellos, promover la construcción y recuperación de ambientes y lugares de recreación donde pudiera favorecerse la convivencia sana.

Así, Sebastián encontraría un espacio abierto, encontraría un lugar a donde ir, donde aprender y relacionarse con otros jóvenes, fuera de la pandilla.

Los técnicos especialistas de INJUVE habían oído hablar de Sebastián y de sus pasos torpes en el filo de la navaja. Y él los conocía también, conocía el proyecto porque ya llevaba algunos meses arrancando en la Comunidad. Pese a la curiosidad que le invadía, aún no se había atrevido a acercarse a la Casa Comunal a que le explicasen bien en qué consistía el Proyecto.

Era demasiado consciente de cómo lo miraban los vecinos de la colonia, del campo minado sobre el que se había acostumbrado a arrastrarse en los últimos tiempos. De su posible futuro truncado.

Pero consiguió traspasar esa barrera. Encontró el instante de valentía suficiente para intentar tomar un camino que tal vez pudiese enseñarle que la vida era otra cosa. PROJOVENES quería trabajar manejando de alguna manera los factores de riesgo que facilitaban el nacimiento de la delincuencia y la violencia juvenil.

Él quiso explicarles la muerte de su hermano, el zumbido abrumador de la gente gritando, que al final se había convertido en un murmullo donde no se distinguían las voces, como si la colonia entera se hubiera transformado en un animal rugiente. Se mostró a sí mismo, sin querer, como una víctima del alrededor, y la respuesta le sacudió la mente por completo.

Él era mucho más que eso. A pesar del dolor, del pasado, de la falta de oportunidades, él no era un individuo pasivo ante las circunstancias, sino un joven capaz de tomar decisiones, de escoger un camino u otro ante una oportunidad.

Y decidió. Se alegró de no haberse acercado aquella tarde en que su corazón no podía más, al rincón en la cantina, y de haber atravesado esa puerta a tiempo.

Y se convirtió en voluntario del proyecto, y comenzó a trabajar en la recuperación de los espacios de su Comunidad. Entendió que la forma de evitar las miradas de los vecinos pasaba porque él les mostrase lo que era capaz de hacer por la colonia. Así desaparecería el estigma que lo estaba convirtiendo en un despreciado.

Los jóvenes pandilleros de la Comunidad seguían saludándolo con ese paso más que otorga el saber que el otro, al menos por un tiempo, te ha comprendido. Y Sebastián encontró otra forma de establecerse a sí mismo en ese punto medio, en ese terreno neblinoso y confuso de formar parte de dos realidades contrapuestas.

Haber estado cerca de la mara lo reforzaba a él como agente involucrado en la prevención social de la violencia. Porque conocía los códigos para manejarse en las calles y así, la organización de las actividades que realizarían en el marco del proyecto, podría verse favorecida si él mismo lograba explicar a esos jóvenes lo que iban a hacer.

A él lo escucharían.

Sebastián aprendió que la oscuridad que antes daba cobijo a su cuerpo perdido, era un riesgo para que la convivencia ciudadana pudiese extenderse a lo largo de la Comunidad. El miedo permanecería bloqueando esos lugares mientras la gente sintiese que no eran sino grutas donde los delincuentes y los asesinos podían refugiarse. Por eso, se involucró intensamente en la recuperación de los pasajes más recónditos, aquellos donde no había instaladas lámparas que alumbrasen el camino.

Se hizo consciente muy pronto de que la vida en la Comunidad no tenía sentido mientras no existiese Una Vida, con mayúsculas, fuera de las casas de cada familia. Él, despojado como había sido de

un hogar de paredes para dentro, de un hermano, del sonido de la voz de sus padres, de sus apoyos, había tenido que salir fuera a buscar un rincón donde dar descanso a su cuerpo maltratado.

Y se había encontrado con que fuera no había nada. El mismo miedo, la misma resignación, el mismo silencio, estaban allí fuera también.

A través del proyecto entendió la importancia de la afectividad en la vida. De los valores sociales y la convivencia ciudadana. Era necesario hacer algo para modificar la opinión de las personas sobre la vida en la Comunidad, la percepción de gente como él, que cuando había intentado salir a formar parte de algo más allá de una familia que había sido despedazada, se había encontrado con un vacío pesado y caliente. Infinito.

Pero la gente de la Comunidad todavía tenía miedo a salir de sus casas, agarrar un pico y ponerse a cavar, delante de todos, para que los mareros que recorrían las calles pudiesen verlos. Porque estando allí, esforzados bajo el sol y despreocupados de todo, podría suceder lo que tantas veces antes. Podrían salir de sus guaridas, o llegar montados en una tropa de coches unos cuantos muchachos y romperles la vida de nuevo.

El proyecto propuso invitar a la policía a algunas actividades que iban a tener lugar. Involucrarlos era una forma de acercar un poco la seguridad a la Comunidad, y de entregar a los vecinos la confianza suficiente para salir de sus casas sintiéndose protegidos y respaldados. Así, por primera vez, lograron que esos vecinos que antes miraban lo que sucedía en su colonia, desde detrás de sus ventanas, salieran para hacerse dueños de su propio espacio, y se levantaran orgullosos de formar parte de su Comunidad.

El trabajo de Sebastián en las tareas del proyecto, lo llevó a ser nombrado Técnico Comunitario de su Comunidad, encargado de poner en marcha y desarrollar los ejes de trabajo del proyecto en su espacio, de convocar, proponer y representar a todos los jóvenes involucrados en el proyecto, convirtiéndose así en elemento integrador formado específicamente en las áreas temáticas del proyecto. Lo escogieron a él por haber sido la herramienta valiosa que había hecho que, gracias a sus trabajos como voluntario, se estuviesen llevando a cabo muchas actividades de prevención. La entrega de Sebastián, a cambio, fue un compromiso más sólido por elevar la cohesión social de su Comunidad, lo que lo convertía, al mismo tiempo, en beneficiario y protagonista del proyecto.

Su primera tarea como Técnico fue organizar una actividad de recuperación de la plaza principal de la Comunidad.

Sebastián quería transformar esa plaza en otra cosa. Hasta ese momento, solo había sido el escenario de una matanza más en la historia de la Comunidad. Desde aquello, los vecinos que pasaban se detenían lo mínimo, la atravesaban sin querer con la cabeza gacha, como quien está rezando a un muerto, y los bancos permanecían siempre vacíos, acumulando óxido en sus patas.

Sebastián necesitaba que ese espacio empezase a significar otra cosa. Se lo debía a su hermano y a sí mismo, y en el fondo de su alma guardaba la esperanza de ayudar a su madre a salir del pozo sin fondo en el que había caído. Reconstruir la plaza era la forma que en ese momento él tenía de intentar rescatarla.

Quería limpiar y acondicionar la plaza para que en ella volviese a bullir la vida, para que volviese a ser el punto de encuentro que era hace muchos años, el lugar en que los más viejitos se sentaban a ver pasar la gente y la tarde, hablando de la guerra, de los nietos y de sus

familias huidas a los Estados Unidos. Así, la plaza renacería como espacio destinado a la convivencia social.

La gente joven, como él, que salía del instituto o de la escuela, podría acudir a la plaza a aprovechar un rato con sus amigos. Podría desarrollarse ahí un tiempo de recreación fuera del temor a ser agredido o asaltado.

Convocó a las familias de la Comunidad. Llenó un saco de brotes verdes y plantitas pequeñas, e inició la actividad en la plaza viendo acercarse a multitud de jóvenes de la zona. Se dio cuenta de que, aún en situaciones de precariedad, donde las oportunidades no existen y la vida está marcada por la tragedia, la participación ciudadana activa, como base fundamental de la cohesión social, del fomento del sentimiento comunitario y de pertenencia, y del trabajo común en base a un objetivo, era posible.



Se inicia la batalla.

Sebastián se frota las manos, pero no parece nervioso. Su cuerpo es mucho más potente, después de horas y horas de práctica, que el de casi todos los jóvenes que tiene delante, y que solo llevan acudiendo unos meses a la Casa Comunal. Respira hondo y hace un gesto con la cabeza a un muchacho que está sentado al fondo. Separa las manos para indicar al resto de los que llenan la plaza, que está a punto de comenzar.

Da cinco pasos al frente y se coloca en el centro del grupo, y se quedan en silencio los chicos y chicas que han aprendido con él y

que ahora lo observan con atención. Ese puñado de gente, que tiene siete años o veinticuatro, lo respetan por lo que les ha enseñado, a través de sus pies y manos, pero también a través del relato de su experiencia de vida. A través de lo que él sintió y siente ahora. Enseñándoles quién es cuando atraviesa las puertas de la Casa Comunal y quién pudo haber sido. Las clases eran una excusa, una forma de hacer que acudiesen y poder enlazar cada nueva lección con un tema de esos que aún hacen que la Comunidad avance muy lentamente. La violencia en los hogares. El maltrato a los niños. La violencia sexual.

La música estalla repentinamente.

Sebastián arranca sus movimientos como si tuviese un botón en alguna parte, que ha sido accionado con las primeras notas. Tira un poco de sus pantalones hacia arriba, para que aunque los lleve caídos no le molesten al bailar, y da un par de saltos a cada lado, hasta acompañar todo su cuerpo a la música que está sonando.

Los aplausos rompen en cuanto se lanza al suelo, confiado y seguro, por primera vez, y arranca una sucesión de pasos imposibles, que son una mezcla de artes marciales, gimnasia y funk. Traza varios *footworks* en el suelo, moviendo manos y pies a una velocidad vertiginosa, y luego deja bien marcados un par de *freezes* que dejan a los jóvenes que lo miran, con la boca abierta.

Cuando se levanta, sonrío extendiendo los brazos al aire, y se retira. Le toca salir al siguiente B-Boy.

Mientras los observa bailar en cadena, ve reflejados en todos los movimientos el conjunto de elementos positivos que el proyecto le hizo ver en el baile, en las capacitaciones sobre el Arte, así en general, como herramienta que puede contribuir a la reducción de la violen-

cia y ayudar a prevenirla. Se acuerda de sí mismo entonces, cuando aún le costaba comprender que el baile, la pintura, el cine o la poesía, pudiesen generar como lo hacen, un sentido de pertenencia y una identidad indestructibles.

Aplaude cuando ve llegar al centro al más joven de los B-Boys, que apenas lleva tres semanas asistiendo a las clases. Hasta ese momento no se había acercado al grupo por la condena definitiva de su padre cuando le había sugerido que quería participar. Al principio, la negativa había sido firme.

A muchos padres les cuesta dejar de identificar esas ropas anchas, los pantalones flojos, las camisas sin mangas y las zapatillas desgastadas, con los pandilleros de siempre. Las reuniones de jóvenes en grupos, chicos y chicas que usan gorras y pulseras, aún se sienten como una amenaza silenciosa y escurridiza que acabará por estallarles en la cara dentro de un tiempo.

Pero Sebastián, y el equipo del proyecto, están consiguiendo eliminar el vínculo que parece unir ambos pensamientos. A través del diálogo han querido batallar contra el estigma social que persigue a algunos jóvenes, y enseñar que el arte, la participación social juvenil, la convivencia, son herramientas que deben formar parte también de la educación integral que permitirá a los jóvenes desarrollarse plenamente.

Después del esfuerzo invertido, algunos padres, como el del B-Boy que pelea con su propio cuerpo en el suelo para estrenar un *power-move* que ha estado diseñando y practicando en su casa, también se acercan a la plaza a animar en las batallas de baile. Cuando los niños salen del círculo tienen el rostro sudoroso y relajado, porque han encontrado en el *break dance* una forma de expresarse ante el resto. Y sus padres los aplauden, y salen de la plaza hinchados de orgullo.

Cuando termina la actividad y todos los jóvenes vuelven a sus casas para cenar, Sebastián se queda bailando. No se cansa nunca. Deposita en el sudor que le resbala de la frente al suelo, los recuerdos torturadores y la continua ausencia de sus padres. Después, recoge su cuaderno y la carpeta donde planifica las actividades de la Comunidad.

Echa un último vistazo, antes de marcharse él también, a la plaza renovada, que ha vuelto a acoger en sus rincones a los miembros de la Comunidad. Y, cuando llega a casa, se acerca a su madre, que está en el sofá mirando la tele, y le da un beso de buenas noches antes de meterse en su cuarto.

Antes de cerrar la puerta tras de sí, alcanza a oír un leve murmullo que brota de entre los cojines, un *“buenas noches, hijo”*, pronunciado muy bajito y muy suave. Y se da vuelta justo a tiempo de ver la sonrisa que dibuja su madre desde el sofá.





Proyecto "Prevención Social de la Violencia con Participación Juvenil- PROJOVENES II"

El Instituto Nacional de la Juventud (INJUVE) es una institución que surge con la entrada en vigencia de la Ley General de Juventud, el 14 de febrero del 2012, y tiene como misión formular, dirigir, ejecutar y vigilar el cumplimiento de la política nacional de juventud.

Su razón de ser es la juventud misma, bajo la premisa de que el Estado tiene la obligación de reconocer los derechos y deberes de la población joven, así como promover y garantizar mejores oportunidades con el fin de lograr su inclusión con equidad en el desarrollo del país.

A través del proyecto PROJOVENES II, financiado por la Unión Europea, el INJUVE impulsa el Modelo de Prevención social de la violencia con participación juvenil; específicamente en el Área Metropolitana de San Salvador, donde la realidad está constantemente afectada por los altos niveles de violencia.

Además, ha logrado avanzar en el trabajo por crear una institucionalidad fuerte, crear alianzas con diferentes municipalidades, con la comunidad, sociedad organizada, facilitadores juveniles y empresa privada, entre otros, para difundir los derechos de los jóvenes contemplados en la Ley General de juventud.

